

COLECCION UNIVERSAL

Núms. 1.020-1.021

CONDE DE GOBINEAU

El
Renacimiento

TOMO II

PRECIO



ESPASA-CALPE, S. A.

El Renacimiento

DR
536

COLECCION UNIVERSAL

El Conde de Gobineau

—
EL RENACIMIENTO

—
Tomo II

MCMXXVIII

DR 8536

ES PROPIEDAD
Copyright by Espasa-Calpe, S. A.
Madrid, 1928
Published in Spain

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOL

EL CONDE DE GOBINEAU

El Renacimiento

TOMO II

SEGUNDA PARTE
CÉSAR BORJA

La traducción del francés ha sido
hecha por A. SANCHEZ RIVERO



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

8638

ESPASA-CALPE, S. A.

1928

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

SEGUNDA PARTE



CÉSAR BORJA

CÉSAR BORJA

C E S E N A

1502

La explanada delante de la ciudadela. Tiendas, barracas militares, hombres de armas franceses e italianos. Don Michele, capitán aventurero y familiar de don César Borja, charla con monseñor Burchard, maestro de ceremonias del Santo Padre. Se pasean de un lado a otro con las manos a la espalda.

DON MICHELE

Mientras que nuestro señor dicta los despachos, apartémonos un poco y os pondré al corriente de lo que Su Santidad desea saber.

BURCHARD

Estamos muy bien aquí. Estos franceses no entienden una palabra de lo que decimos.

DON MICHELE

Tenéis razón. No debemos dar a entender que buscamos la soledad, ni hacernos los misteriosos.

BURCHARD

¡Don César nos parece perdido! ¡Perdido sin remedio! ¡Sus *condottieri*, coaligados contra él, le han ido quitando sus plazas, una después de otra. El ducado de Urbino se ha sublevado; el antiguo príncipe ha sido recibido por los pueblos con aclamaciones inversas a las que le habían acompañado a su partida. En una palabra: os ha sucedido lo peor; no podréis salir de este atolladero. Esto es lo que pensamos en Roma.

DON MICHELE

Olvidáis un punto capital. ¿De dónde nos viene nuestra fuerza?

BURCHARD

¡Ah, Dios mío! Me diréis que Alejandro está detrás de vosotros y que su mano os sostiene. Pero considerad...

DON MICHELE

¡Permitidme una palabra! ¡Alejandro VI nos ha hecho cardenal! ¿Quién nos ha hecho príncipe?

BURCHARD

Luis XII, rey de Francia; pero os retira su protección; se vuelve contra nosotros, y hasta, según nos dicen, os amenaza.

DON MICHELE

No penetráis hasta el fondo de las cosas. ¿Por qué nos quería Luis XII?

BURCHARD

A causa del cardenal de Amboise.

DON MICHELE

¡Muy bien! Hemos prometido a éste la sucesión de Alejandro; continuamos prometiendo. Además, somos gentes útiles; nuestros servicios tienen algún valor, y, sin ir más lejos, las recientes expediciones del Milanesado y de Nápoles son nuestra obra. ¡Gracias a Dios, hemos probado en el sitio de Capua que éramos gentes de energía!

BURCHARD

¡Diablo! ¡No habéis dejado nada en su sitio! Pero vuestra ventura se ha marchitado como la hierba de los campos; ya está segada por mano del mismo que había sembrado.

DON MICHELE

Os engañáis. Vuelvo de Milán con monseñor. Nuestros negocios han tomado de nuevo buen cariz; disfrutamos de más favor que nunca; monseñor ha hablado y se ha conducido tan bien, que no hubo manera de tratarnos con rigor por nuestras pequeñas fechorías.

BURCHARD

El Papa quedará encantado con esta noticia; pero hubiera debido venir antes. Nada os queda ya que salvar. ¡Mientras apagabais el incendio por la derecha se propagaba por la izquierda, y lo ha devorado todo!

DON MICHELE

¡Vamos! ¡Vamos, monseñor Burchard, mi buen amigo! ¡No veáis todas las cosas tan en negro!

BURCHARD

¡Vuestras plazas fuertes, arrebatadas o en rebeldía!

DON MICHELE

¡Muy bien! Las recobramos.

BURCHARD

¿Con qué? ¡No tenéis ya tropas! Los Orsini, el duque de Gravina con Págolo, os alquilaban sus bandas; pero han dado la vuelta, ¡y desde este mismo momento resultáis indispuestos con toda su casa!

DON MICHELE

Es lamentable. Nuestra tarea no será fácil. Lo siento sobre todo por Vitolozzo Vitelli; ¡es un gran hombre de guerra! ¡Tampoco me consuelo de la defección de Oliverotto da Fermo!... Pero, sin embargo, os lo repito, nada se ha perdido.

BURCHARD

¿No ignoráis que los venecianos se han declarado contra vosotros?

DON MICHELE

¡Ay, lo sé!

BURCHARD

Los aragoneses van a atacarnos.

DON MICHELE

Debemos esperar.

BURCHARD

No os queda un solo ducado, y el Santo Padre no está en situación de prestaros nada.

DON MICHELE

Siempre podremos arreglarnos con promesas.

BURCHARD

Los florentinos no dejarán de unirse a vuestros adversarios.

DON MICHELE

En esto os engañáis. Un secretario de la Señoría ha llegado hace un momento.

BURCHARD

¡Voto a la Virgen! ¿Habéis visto a ese secretario?

DON MICHELE

Lo he recibido yo mismo y le he estrechado la mano. No es un fantasma creado por la esperanza, sino uno de nuestros amigos: el señor Nicolás Maquiavelo.

BURCHARD

¡Me alegro mucho!... ¡En el fondo, de nada puede servir! ¡Estáis demasiado arruinados!

DON MICHELE

Permitidme ahora mostraros las cosas bajo un aspecto menos desolador.

BURCHARD

Decididamente sois la sangre fría personificada; pero dudo de que el Santo Padre os tenga por infalible.

DON MICHELE

Si, como vos, me redujese a no considerar más que la buena voluntad de Luis XII, las cien lanzas de ese bravo monseñor de Candalle, a quien veo allá abajo comiendo su diente de ajo, como verdadero gascón que es; un puñado de compañías italianas que nos quedan, las tergiversaciones de los florentinos y otras menudencias, acaso caería en vuestras preocupaciones. Pero vos no consideráis, no, vos no tenéis en las manos, como yo, nuestra verdadera áncora de salvación.

BURCHARD

¿Y cuál es ella?

DON MICHELE

¿Cuál es?... ¡La indomable energía del Valentino! Mientras lo vea tranquilo, dueño de sí mismo, inflexible, terrible, no puedo tener la menor duda ni el menor miedo.

BURCHARD

¡Don César es un gran espíritu, lo confieso!
¡Tiene recursos! Su astucia sabe imaginarlos
atrevidos...

DON MICHELE

¡Hablad más exactamente! ¡Su intrepidez! ¡Y
es una virtud contagiosa que sabe transmitir a
sus amigos!

BURCHARD

Como fino político, lo es, y entre los más finos,
él es el más fino. Os concedo que tenéis razón.
Pero, con todo, sus asuntos van tan mal, tan mal,
que haría acaso mejor refugiándose en Roma que
pretender luchar contra la suerte. Es lo que Su
Santidad me encarga proponerle.

DON MICHELE

¡Habladle de ello y leeréis en su sonrisa lo que
es el desprecio! Mientras esté en pie no hay nau-
fragio posible. Pero me parece que debemos dar
fin a nuestro paseo. El duque podría advertir
nuestra ausencia, y no gusta de los apartes.

BURCHARD

Creo que tenéis razón. Cuando está inquieto, se
hace, como el Santo Padre, receloso y temible aun
para los suyos.

En una casa de la ciudad. Una camara que sirve de retiro.
Don César Borja, delante de una mesa con despachos y
cartas.

EL DUQUE

En voz alta.

¡Que entre el señor Maquiavelo! ¡Sed bienvenido, señor Nicolás! ¿Qué noticias hay de Florencia?

MAQUIAVELO

Buenas, monseñor.

EL DUQUE

Me alegro. ¿Estáis fatigado de vuestro viaje, o preferís decirme ahora mismo el objeto de vuestra misión? Tengo algunos asuntos urgentes que me obligan a no perder tiempo.

MAQUIAVELO

Con permiso de Vuestra Alteza, expondré el asunto de que se me ha encargado.

EL DUQUE

Os escucho.

MAQUIAVELO

Monseñor: mientras estabais en Milán al lado del rey Luis...

EL DUQUE

Ante todo, debo deciros que las calumnias que por esta parte me habían levantado han desaparecido como una bruma ante mis explicaciones.

MAQUIAVELO

Mientras tanto, Vuestra Alteza había dejado en sus Estados tropas escogidas para mantener el orden, y estas tropas estaban mandadas por capitanes de gran reputación.

EL DUQUE

Es un punto importante confiar el poder militar a buenas manos.

MAQUIAVELO

Desgraciadamente, éstas no eran tan fieles como hábiles. Empujados por el temor de que os engrandecierais demasiado y de verse reducidos a temeros, vuestros jefes de guerra han hecho llegar a nuestra Señoría la noticia de que, aliados con Juan Bentivoglio de Bolonia y a Pandolfo de Siena y con otros señores desterrados, habían resuelto volver contra vos sus armas. Solicitan nuestra alianza, ofreciendo entregarnos aquellos territorios y villas que gustemos designar.

EL DUQUE

Vuestra presencia aquí, señor Nicolás, me asegura lo bastante que la prudencia de los florentinos no se deja coger en cepos tan groseros. Además, ya conocéis bien la buena fe de los Orsini y de la casa Vitelli.

MAQUIAVELO

Estoy encargado de aseguraros, Alteza, que la República no tiene costumbre de traicionar a sus aliados; está llena de respetos para la Santa Sede Apostólica, y podéis contar con ella. Por lo demás, ella espera que vos no os prestéis a ninguna proposición proveniente de los venecianos.

EL DUQUE

Es un punto delicado de que hablaremos con más calma. No hay prisa. Pero, entre nosotros, señor Nicolás, entre nosotros, ¿puede darse pruebas de más aturdimiento, de más fanfarronería, en medio de una salsa más enorme de simplicidad, que lo hecho por mis *condottieri*? ¡Atacarme! ¡A mí! ¡Y no han reflexionado siquiera que era ofender al Papa, insultar a Luis, ponerse enfrente de los alemanes, que están conmigo en los mejores términos! ¡Se repite que los aragoneses quieren hacerme daño! ¡Yo lo dejo creer, Maquiavelo, lo dejo creer! ¡Esos pobres soldados insu-

rrectos se han imaginado, infelices criaturas, que políticos consumados como vosotros irían a encerrarse con ellos en el terrible callejón sin salida en donde se han aventurado; y todo para recibir algunos miserables caseríos, imposibles de conservar! ¡Francamente, no pasa de la más extremada ridiculez, nada más! Este motín es tan incapaz de nada, que, os lo confieso, no he creído ni por un momento encontrarme en el menor peligro.

MAQUIAVELO

La Señoría no ha considerado las cosas completamente como Vuestra Alteza. Ha visto que en adelante estabais sin tropas; que vuestros capitanes, separándose de vos, dejaban un hombre desarmado, completamente desarmado; que vuestros pueblos, que sólo os pertenecían desde pocos meses, os abandonan sin ningún trabajo, en algunos lugares con alegría manifiesta. Los franceses os devuelven su amistad; vos lo decís, y yo lo creo, tanto más cuanto que he visto alrededor de aquí tropas de esta nación marchando con las vuestras. Tampoco os faltará la Santidad del Papa, es bastante probable, y, sin embargo, tendrá mucho que hacer con defenderse ella misma en Roma contra las revueltas de las casas Orsini y Vitelli. Creéis estar en buenos términos con los alemanes y hasta con los aragoneses; esto, en

todo caso, es muy nuevo, y tendríamos motivos para no ser de vuestra opinión. Ved, monseñor; suponiendo por un momento que vuestros capitanes, en lugar de perder el tiempo conferenciando en el país de Perusa, razonando, contrarrazonando y disparatando; si Págo, Oliverotto, los Gravina, los Petrucchi, los Baglioni y los demás se hubiesen apoderado sencillamente de vuestra persona mientras estabais solo, desamparado, sorprendido en Ímola, no es fácil imaginar cómo hubieseis salido de la intriga; pero si la amistad de mis magníficos señores ha tomado aquí un falso camino y se ha inquietado sin razón, la perdonaréis por la intención.

EL DUQUE

Hablaremos completamente con el corazón en la mano. Nada podía serme más agradable que vuestra venida, y daréis las gracias en mi nombre a los que os han enviado. Yo no estaba el otro día en Ímola tan apurado como vos parecéis creerlo. ¡Tenía, crédmelo, más de una cuerda en mi arco! No sólo conocía muy bien los medios de salvarme, sino que tenía la certidumbre de triunfar. Sin embargo, la situación, no lo negaré, era diferente en algunos puntos de lo que yo hubiese deseado. Todo ha cambiado en adelante. ¡El árbitro, el amo, soy yo! ¡Queréis, querido Maquiavelo, que un proyecto aborte? Hacedlo ejecutar por una coalición de hombres; apenas si la voluntad con-

centrada de uno solo basta para producir esta cosa tan difícil que es una acción. Y como son muchos los que se han puesto a intrigar contra mí, tengo sobre ellos la ventaja de no tener que contar más que conmigo mismo para determinar mi defensa. Aquí estoy a la cabeza de una fuerte caballería italiana que me han dejado el tiempo de reunir, de quinientas lanzas francesas que me han dejado el tiempo de llamar y lo que es aun mucho más precioso: con la amistad de los florentinos, a la cual se ha dejado el tiempo de madurar. Vosotros no me salváis, sin duda; pero venís muy a tiempo.

MAQUIAVELO

La magnífica Señoría encontrará muy justificado el castigo de los perjuros, por muy severo que sea.

EL DUQUE

No se trata de nada semejante; la dulzura se impone. Y no es que sienta uno escrúpulos en castigar a traidores y asesinos notorios como Vitellozzo y Oliverotto; toda Italia ha sido ensangrentada con sus crímenes. Sin embargo, tengo las más conciliadoras intenciones... ¡Bautista!... ¡Bien! Conduce al señor secretario a mi mayordomo. Que le den una buena habitación y todo lo que pueda desear. El señor Nicolás es amigo mío particular.

BAUTISTA

Sí, Alteza.

MAQUIAVELO

Vuestras bondades, monseñor, me confunden.

EL DUQUE

Adiós.

 EL DUQUE

Solo.

¡Los florentinos!... ¡Vienen muy a tiempo en mi ayuda!... Si no tuviese yo cuidado, no pasaría mucho tiempo sin que convirtiesen este servicio en cuerda para estrangularme llegada la ocasión propicia. La súbita amistad de estos señores no es más que el reverso de su odio a los Orsini. Me creen menos sólido y, por tanto, menos peligroso que esta vieja familia... Una seta no tiene raíces y no sube nunca tan alto como una encina... y me toman por una seta. ¡A partir de este momento, deberé desconfiar de Florencia más que en el pasado!... ¡Eh, Giovan-Maria!

GIOVAN-MARIA

¿Qué se ofrece, Alteza.

EL DUQUE

Mira a ver dónde están don Michele y monseñor Burchard. Que vengan a hablarme.

GIOVAN-MARIA

Esos dos señores esperan vuestras órdenes.

EL DUQUE

¡Que entren, pues!

Entran don Michele y monseñor Burchard.

Nuestros negocios van mejor; pero no tan bien que el peligro deje de ser inmenso.

BURCHARD

De parte de los florentinos ha venido un diputado a Vuestra Alteza. ¿Estáis ya seguro de este lado?

EL DUQUE

Bastante, y sobre estos cimientos vamos a construir. Tú corre de una carrera a Bolonia; no volverás a Roma cerca del Santo Padre hasta que yo te lo ordene. En Bolonia verás lo que puede agradar a Juan Bentivoglio para separarle de la Liga. No regatees; ofrece o concede. Más tarde veremos si han de cumplirse o no estos compro-

misos. Tú, Michele, marcha a entrevistarte con los *condottieri*, y... aquí están las instrucciones que acababa de escribir cuando llegó ese florentino. No dejarás de hacer ver esta nueva alianza, y sacarás de ella todo el partido posible.

DON MICHELE

Alteza: obraré lo mejor que pueda.

EL DUQUE

Uno y otro escribidme en cuanto hayáis conseguido haceros escuchar tan sólo. El adversario que discute carece de resolución. Tarde o temprano, caerá por tierra. ¡Marchad! Si escapo a esta tempestad, la más violenta que jamás he sufrido, seguiré siendo dueño de toda la Romaña.

DON MICHELE

¡No, monseñor, de toda Italia!

EL DUQUE

¡Es posible! No sé, verdaderamente, lo que me sería más agradable: reinar sobre un imperio tan hermoso, arrojar hasta el último de esos miserables bárbaros, galos y tudescos, o bien colgar a esos duques, príncipes o podestás de antiguo cuño. No comprenden nada de las necesidades de los

tiempos nuevos. ¡Imbéciles! ¡Me acribillan con sus injurias como un toro español puede serlo con las banderillas!

DON MICHELE

¡Toda la felicidad os sobrevendrá de un solo golpe, y perfecta como la felicidad celeste! ¡Beso las manos de Vuestra Alteza!

BURCHARD

Y yo también.

EL DUQUE

¡Marchad! No economicéis los correos ni el uno ni el otro.

SINIGAGLIA

El campamento de los *condottieri*. La tienda del Consejo de los jefes. Alrededor de una gran mesa están sentados Vitellozzo Vitelli, Oliverotto de Fermo, el señor Págoło Orsini, el duque de Gravina, capitanes de aventureros.

GRAVINA

¡Paz! ¡No regañemos! ¡Todos hemos tenido razón, todos nos hemos equivocado! ¡Yo el primero! ¡Hubiera sido preciso coger a César cuando en Imola se hallaba en nuestras manos, y matarlo! Pero dividirnos ahora sería aún falta más grave.

PÁGOLO

Dando con el puño en la mesa.

¡Y yo os digo que nada está comprometido siquiera! ¡Vive Dios! ¡Tenemos a nuestras órdenes diez mil hombres de guerra, y no serán algunas malas lanzas francesas las que inspiren miedo a un hombre de mi casa!

OLIVEROTTO

Soy de vuestro parecer; yo ocupo las avanzadas con mi compañía, quinientos caballos y mil arqueros. ¡Que al Borja se le ocurra tocarme y será recibido con todos los honores!

VITELLOZZO

¡Todo eso no es más que fanfarronería! La verdad pura es que no hemos hecho nada de lo que imaginábamos. ¡El Valentino se encuentra vivo, y a estas horas debería estarse pudriendo a seis pies bajo tierra! ¡Pero, no! Hemos charlado en vez de obrar, y el enemigo se burla de nosotros. El Bentivoglio, que nos prometía su ayuda, se hace el muerto; Guidubaldo recibe felicitaciones en Urbino y no hace nada. Los florentinos, ni siquiera nos han respondido. En cuanto a mí, os lo declaro, auguro muy mal para el porvenir.

PÁGOLO

¡Quieres que te sea franco? ¡Me fastidias con tus jeremiadas! ¡Cuando unos aventureros tienen la coraza encima y la espada al costado, tales aires llorones sólo pueden inspirar lástima!

VITELLOZZO

Todas tus violencias y tus jactancias no cambian en nada la realidad de las cosas. ¡Cuando

te cuelguen, te pongan en la rueda o te envenenen, de poco te serviría haber hecho el loco!

GRAVINA

¡Paz! ¡Paz! ¡Compañeros! ¿No valdría más consultar amistosamente entre nosotros el partido mejor y más seguro que debemos tomar?

VITELLOZZO

Se levanta y marcha con agitación a través de la sala, levantando los brazos al Cielo.

¡Por el Cielo! ¡Qué ciegos son los hombres! ¡Con qué ardor corren a su perdición! ¡Qué frenesí nos ha llevado a lanzarnos con ánimo ligero en una empresa tan mal combinada!

OLIVEROTTO

¡Bah! ¡Nada hay más razonable ni aun más necesario! Estamos a sueldo del Valentino, es cierto; pero ¿para qué? A él le está permitido poseer las tierras de nuestras conquistas; pero nosotros debemos ocuparlas y dominar en ellas. ¡Así hemos comprendido nosotros las cosas! ¡Nosotros mandamos en nuestros hombres, a éstos les es preciso una soldada y él nos la suministra! ¡Nada más sencillo! Pero los verdaderos dueños somos nosotros; no le permito que se dé aires de haberlo olvidado; ¿y ahora pretende hacerse el soberano? ¡Vamos, hombre!

PÁGOLO

Esa es mi opinión. Habláis como un obispo, Oliverotto. ¡Dinero y placeres para nuestros hombres! ¡Placeres y dinero para nosotros, y el diablo para todo el mundo! ¡Unos capitanes aventureros no deben buscar querer y tolerar más que este régimen!

OLIVEROTTO

Y nosotros hemos tenido mil veces motivo para incomodarnos cuando veíamos a ese Valentino buscar su provecho y no el nuestro. ¿Quiere gobernar, echárselas de príncipe, de verdadero príncipe?

VITELLOZZO

¡Es un hecho que corta el pescuezo a sus oficiales cuando despojan los campesinos para ellos y no para él!

PÁGOLO

Con sus oficiales puede hacer lo que quiera; es su señor; ¡pero a mí mismo ha osado hacerme las amenazas más inconvenientes con ocasión del incendio de una aldea! ¡Un César Borja! ¡Un hombre salido de la nada, un bergante, un poco de fango que pretende llegar a ser un pequeño Sforza!

GRAVINA

Este, por lo menos, era un *condottiere*, aunque no fuera un gentilhombre.

OLIVEROTTO

¡Ah! ¡Está muy lejos de eso el bastardo de Alejandro VI! Por lo demás, me río de lo que sea o no sea. ¡Ni cetro ni ley! Nuestro capricho es bastante. Haremos bien en no renunciar a nuestros planes.

VITELLOZZO

¿Cuáles son esos planes?

PÁGOLO

¡Pues bien! ¡Vive Dios, nuestros planes... son siempre nuestros planes! Reducir al Valentino al papel de criado, nada más. Si resiste, peor para él. ¡Estos son nuestros planes!

VITELLOZZO

¡Conformes; pero han fracasado! ¡No habéis tenido ni decisión, ni firmeza, ni prontitud!

OLIVEROTTO

¡Que el diablo te lleve!

GRAVINA

¡Por Dios, calma, calma! ¡Pongámonos de acuerdo! ¡Veamos! ¡Decidamos algo, por poco que sea!

Entra un oficial.

EL OFICIAL

Excelencias: el capitán don Michele ha llegado del campamento del Valentino, y quisiera ser introducido a vuestra presencia.

PÁGOLO

¡Toma! ¿Es Michele? ¿El pequeño Michele?
¡Es un buen muchacho!

VITELLOZZO

¡Sí, el alma condenada de su amo!

GRAVINA

Tengo curiosidad de saber lo que pueda decirnos.

VITELLOZZO

¡Si le escucháis, va a escalar vuestra confianza acumulando mentiras sobre falsedades, como en otro tiempo los titanes subieron hasta el cielo arrojando al Pelion sobre el Osa! ¡Yo no quiero recibirlo!

OLIVEROTTO

¡Pues yo sí! ¡Introducid al señor don Michele!

Michele entra y va abrazando sucesivamente a los cuatro capitanes.

DON MICHELE

¡Buenos días, buenos días, ilustres señores, mis buenos, mis excelentes amos! ¡Estoy encantado de veros a todos tan buenos!

LOS CAPITANES

¡Gracias, don Michele! ¿Y vos? ¿Tampoco estáis mal, a lo que parece?

DON MICHELE

¡Ah! Muy atormentado, os lo juro; desde que vosotros y él parecéis no entenderos ya, monseñor está muy triste y nos hace pasar una vida muy melancólica.

PÁGOLO

¡Que la peste se lleve a monseñor! ¡Es un hombre sin lealtad!

DON MICHELE

¿En qué, hacedme el favor?

PÁGOLO

¿No está claro que quiere jugar al déspota, y que cuando, con nuestro socorro, haya conseguido serlo tendremos enfrente a todas las potencias de Italia y por peor adversario al mismo que, debiéndonos todo, hará la paz a costa nuestra?

DON MICHELE

Como yo no he venido aquí a entreteneros con ilusiones ni a responder vanamente a recriminaciones imaginadas, pongamos orden en nuestros discursos, os lo suplico. Señor Págolo, comenzando por vos: ¿qué significan vuestras quejas? ¿No os han pagado vuestro sueldo regularmente, y aun antes del vencimiento?

PÁGOLO

Yo...

DON MICHELE

¡Perdonadme, mi amable, mi buen Págolo! En seguida me responderéis todo lo que queráis y durante el tiempo que os convenga; pero, ante todo, sabed bien con quién estáis hablando; por eso es necesario que me explique. ¡Ah! ¡Yo soy un hombre franco, sincero, leal, completamente recto, sencillo y sin rodeos! ¡Os lo juro por la amistad verdadera que siento hacia vosotros y por mi sal-

vación eterna, que no querría perder! ¿Por qué habría yo de deciros una cosa que no fuese rigurosamente exacta? ¡Tened confianza en mí los cuatro y dejadme hablar con todo el corazón! No, Págo!; no, compañero; el duque no os ha hecho el menor daño; al contrario, os ha querido y honrado de un modo singular, y lo mismo hace con la casa Orsini y la casa Vitelli. Así, pues, lo que atestiguo para vos lo juro igualmente para estos otros capitanes. ¡Nada tenéis que reprochar a mi amo por lo que hace al pasado!

OLIVEROTTO

Os pido mil veces perdón, Michele; pero...

DON MICHELE

¡Paciencia! ¡Paciencia! ¡Dejadme acabar! ¡En el pasado, os lo repito, nada os ha ofendido! Pero ¿y el porvenir? ¡Ah! ¿Teméis el porvenir? ¿Creéis al duque tan ambicioso de reinar solo que pudiese llegar a desconocer vuestros servicios?

GRAVINA

No sería esto imposible.

VITELLOZZO

Por mi parte, yo no me asombraría.

DON MICHELE

Pues yo me asombraría mucho. Aparte la cuestión de ingratitud, sería tan absurdo y torpe... Razonemos un poco. ¿Está el duque sostenido por los franceses?

OLIVEROTTO

¿Cómo sostenido? ¡Ellos son los que le han creado del barro, como Dios hizo a Adán!

DON MICHELE

Sí; pero ¿qué hizo Adán? Se puso en seguida a conspirar contra Dios, porque nunca amamos a nuestro Creador; es un señor demasiado humillante. ¿Comprendéis esto?

VITELLOZZO

Para defenderse de los franceses cuenta con el Papa.

DON MICHELE

¿Y cuenta también con la inmortalidad del Papa? Alejandro VI ¿vivirá siempre? ¿Nos garantizáis este punto? ¡No! Entonces, según vosotros, cuando descienda Su Santidad al sepulcro, ¿estamos nosotros de acuerdo para ir también a acos-

tarnos con él? ¡Os engañáis; queremos vivir, y para hacerlo y reinar contamos con vosotros, y con nadie más!

PÁGOLO

Esto es nuevo.

DON MICHELE

Acaso soy demasiado sincero, y en todo caso os suplico que no repitáis mis palabras al Valentino. Deben quedar entre nosotros. Es perfectamente exacto lo que os afirmo ahora. No queremos, no buscamos a otros amigos más que a vosotros. Pues, para deciros todo lo que pienso, llegará un tiempo en que debemos romper con los florentinos, por más que estemos unidos en el momento presente.

LOS CUATRO CAPITANES

A la vez.

¿Qué nos estáis diciendo? ¿Estáis bien con los florentinos? ¿Estáis seguro?

DON MICHELE

¡Bien seguro! Uno de sus secretarios, el señor Nicolás Maquiavelo, está con nosotros en este momento. Lo podéis comprobar fácilmente y...

PÁGOLO

¡Por qué os detenéis? ¡Vamos! ¡Michele, nada de reticencias! ¡Siempre hemos sido buenos amigos!

DON MICHELE

¡No! Yo no debo deciros lo que tenía en la punta de la lengua. ¡Dejo demasiado suelta mi lengua con vosotros! No dejaréis de repetir al Valentino algo de mis palabras. Por poco que fuese, sería demasiado para mi seguridad... ¡No!... ¡Cambiemos de conversación!... ¡No me apremiéis, os lo suplico!... ¡Vamos! ¡Estáis buscando mi perdición!... ¡Cien veces no!... ¡Amigos míos, os lo suplico!... ¡Entendámonos! No os contaré más que un detalle... uno solo... ¿Me juráis ser discretos?

LOS CUATRO CAPITANES

¡Por nuestro honor y por todos los Evangelios!

DON MICHELE

¡Dios mío, qué mal he hecho en soltar la lengua! Por el señor Nicolás es por quien hemos sabido vuestros proyectos de alianza con los florentinos. Han enviado al Valentino vuestras cartas mismas y ofrecídole dinero y tropas; han escrito a Juan Bentivoglio que si tenía la desgracia de

mantener la palabra que os ha dado obrarían inmediatamente contra él. Esto es la confidencia que os hago... ¡No sabréis más aunque me estéis rogando hasta mañana! ¡Por lo demás, todo esto me produce una contrariedad terrible!

VITELLOZZO

¡No veo por qué te afliges tanto! Los boloñeses, por lo que dices, nos traicionan; los florentinos son unos Judas; vosotros tenéis a vuestra espalda un cuerpo entero de hombres de armas: ¿te estás burlando de nosotros con tus gestos?

DÓN MICHELE

Y dentro de seis meses, ¿qué será de nosotros? Dentro de algunos días, vosotros, con tantos adversarios encima, vais a ser, sin duda, aniquilados. Todas las ciudades os detestan, y aunque os hicieseis españoles todos los caminos están cortados. ¿Y nosotros? ¿Qué va a ser de nosotros en las manos de tantos protectores? ¡Ah! Habéis hecho muy mal en amotinaros. Sería cosa de citar el apólogo de Menenio.

PÁGOLO

En fin, el mal está hecho.

VITELLOZZO

¡Si se me hubiese escuchado!

OLIVEROTTO

¡Me hacéis gracia, señor Vitellozzo! ¡Vos erais el más ardoroso!

VITELLOZZO

¡Yo os declaro que no hay que tomar conmigo esos aires arrogantes! ¡Olvidáis con quién estáis tratando!

GRAVINA

¡Calma! ¡Concordia! ¡Os lo suplico, no nos peleemos!

DON MICHELE

¡En efecto, ya os habéis peleado bastante! Lo que ahora sería preciso es entenderse.

VITELLOZZO

Lo pasado ha pasado. Acaso hubiera sido más prudente estarnos quietos; pero cualquier locura hubiera sido menor que la de dejarse engañar.

{ ¡Conozco las zalamerías del señor Borja! ¡Las conozco! ¡Las conozco! No ve en el mundo entero ni amigos ni enemigos, sino solamente muñecos, y a ninguno lo ha puesto en movimiento sin romperlo.

DON MICHELE

Acaso tengáis razón; ¡en este caso, hacedle la guerra! Por un lado están el Papa, el rey, los florentinos; mañana, los boloñeses; pasado mañana, todas las ciudades, todas las comunidades, todas las facciones, todos los señores de la Romaña, incluso vuestro asociado Petruccio de Siena, y hasta Giampágoło Baglioni, de Perusa. Por el otro veo a las casas Vitelli y Orsini, y hay que tener en cuenta, además, que los más prudentes de entre vosotros están en Roma, bajo la mano del Papa. Acaso consigáis triunfar.

PÁGOLO

No hace ocho días hemos derrotado a vuestras gentes en Fossombrone.

DON MICHELE

Entonces, continuad derrotándonos.

OLIVEROTTO

Suponiendo un instante que estuviésemos inclinados a un arreglo, ¿tendrías alguna proposición razonable que presentarnos, quiero decir proposiciones capaces de darnos seguridades absolutas, completas, contra el rencor del más rencoroso de los hombres?

DON MICHELE

No comprendo bien qué peligro podéis correr, estando, como veo, a la cabeza de vuestras propias tropas. ¿No tendréis, me imagino, la intención de separaros de ellas?

GRAVINA

¡Ciertamente que no! Pero vosotros también tenéis tropas, y si por una confianza excesiva fuésemos a dejarnos sorprender...

DON MICHELE

En este caso, os lo repito, seríamos nosotros los que quedaríamos a merced de los extranjeros, y yo creía haberos hecho sentir nuestra repugnancia en este sentido. Además, lo que habéis hecho no ha disgustado al duque tanto como me pareéis creer. El no se ha creído en gran peligro; no ha dejado de notar que lo habéis tratado con consideración en Ímola; además, conoce de antiguo la enemiga de los florentinos hacia vuestras familias. En el fondo, considera vuestra conducta como un franco aturdimiento de valientes soldados un poco ligeros de cascos. Después de todo, señores, no tenéis obligación de ser profundos y previsores políticos. ¿Queréis una mayor soldada, una corte brillante, hermosas fiestas, buena cara? Volved a nosotros; os tendemos los brazos. Sobre todo, no

os dejéis dominar por la imaginación; ¡no sois, ni con mucho, unos culpables tan grandes como teméis!... Ahora, esperando que toméis una decisión, os confío que me gustaría cenar...

PÁGOLO

Si quieres, te llevaré conmigo.

DON MICHELE

¡No, no! ¡No os molestéis por mí! Quedaos deliberando; el primero que encuentre me indicará el camino.

GRAVINA

Págoło puede ir con vos. Esta noche o mañana por la mañana tendremos tiempo de hablar de todos estos negocios. Ya nos hemos roto bastante la cabeza para una vez.

VITELLOZZO

Confieso que los sesos me hierven; no puedo más.

DON MICHELE

¡Ah!, mis queridos señores, mis amigos, mis buenos amigos, ¿no olvidaréis vuestras promesas, no es verdad? ¿No revelaréis al duque las indiscreciones que he cometido? He hablado con todo

mi corazón, ¡ya lo sabéis!, con bastante imprudencia y con todo sin mala intención; ¡el Cielo es testigo!

LOS CUATRO CAPITANES

Estad tranquilo, no diremos nada, ¡viejo zorro!

C E S E N A

El gabinete de don César Borja. El duque, varios confidentes, correos y secretarios. Algunos escriben despachos rápidamente; otros están de pie y rodean a su señor.

EL DUQUE

¿No hay correo?

UN SECRETARIO

¡Todavía no, Alteza!

EL DUQUE

Que me avisen en cuanto venga uno. No perdamos tiempo. Antonio, ¿estás preparado?

ANTONIO

Sí, Alteza; mi caballo está a la puerta.

EL DUQUE

Ve a buscar de mi parte a los campesinos del Apenino. Te dirigirás con preferencia a los Ce-

rroni, y entre éstos a las familias Ravagli. Si los Rinaldi quieren escucharte, los recibirás bien, naturalmente; pero tengo más influencia en los otros. En resumen: no descuides a nadie y proporcióname el mayor número de amigos que puedas.

ANTONIO

Sí, monseñor.

EL DUQUE

Promete dinero, promete libertades, promete venganzas sobre todo y el saqueo de las ciudades que, si no se someten inmediatamente, me forzarían a tomarlas por asalto.

ANTONIO

Sí, monseñor. Al campesino le gusta saquear las ciudades.

EL DUQUE

Sírveles a su gusto. Ten cuidado de acariciar a los barones a quienes los campesinos quieren; tráelos a nuestra causa en el mayor número que puedas.

ANTONIO

Los conozco a todos, y haciéndoles esperar la ruina de los aventureros...

EL DUQUE

Obra lo mejor que puedas; te autorizo para todo; marcha. ¡Ahora tú, Alfonso!

ALFONSO

Aquí estoy, monseñor.

EL DUQUE

Marcha a Forlí. Es preciso que pongas de mi lado a los güelfos, y para esto ofréceles mi protección contra los gibelinos. Como éstos son los más fuertes, atraigamos a nosotros los que tienen más necesidad de alianza. Harás lo mismo cuando pases por Faenza y por Rávena; pero lo contrario en Rímini, donde los güelfos dominan. Allí trabajarás sobre todo entre los gibelinos. ¡Marcha ahora! ¿Y vosotros? ¿Tenéis vuestras instrucciones?

VARIOS CONFIDENTES

Sí, monseñor.

EL DUQUE

¡Marchad entonces! ¡Y que os salgan bien vuestras cosas!

Ellos salen.

Tú, Martino, voy a enviarte a Urbino. Esto es lo que tienes que hacer para que maten o expulsen a Guidubaldo. Escucha bien.

Sobre la explanada. Los hombres de armas y los arqueros franceses juegan a los bolos y al paso. Un hombre de armas se pasea con dos arqueros en el mismo lugar donde estaban don Michele y monseñor Burchard.

EL HOMBRE DE ARMAS

Yo te digo que los Eyquem son una de las buenas familias de Burdeos, y cuando el padre compró el castillo de Montaigne todo el mundo dijo: ¡Está bien; es una buena raza!

PRIMER ARQUERO

Sí, pero no una de las primeras de la ciudad. Los Lestonac son mucho más antiguos.

SEGUNDO ARQUERO

Acaso sean antiguos; pero los Colomb lo son más. Es lo que siempre he oído decir a mi padre.

TERCER ARQUERO

No tengo nada que decir en contra. Parece que ha habido alcaldes y jurados de su nombre en tiempo de los ingleses.

EL HOMBRE DE ARMAS

También me lo han asegurado. ¡Era un buen tiempo el de los ingleses! La ciudad no pagaba impuestos, no tenía gabelas y el vino no costaba casi nada.

SEGUNDO ARQUERO

¿Es que te vas a volver inglés ahora?

EL HOMBRE DE ARMAS

¡Por el cabo Saint Fort! Me volvería cualquier cosa con tal de que me dejaran entrar en Milán, donde he dejado una pequeña damita bastante contenta de mis bigotes.

TERCER ARQUERO

El hecho es que aquí no se divierte uno; casi no nos batimos, y no hay mayor aburrimiento que ver desde la mañana hasta la noche las caras amarillas de estos belitres de italianos. ¡No he visto gente más imbécil! ¡No comprenden una palabra de francés, no beben, no bailan! ¡Vienen a tener el talento de mi caballo!

SEGUNDO ARQUERO

¡Eh, Juanito, diviértete, hijo mío! ¡Toma!
¡Para que te pongas de buen humor!

Le derriban por tierra su capirote; los arqueros y el hombre de armas se empujan y se golpean riendo a carcajadas.

SINIGAGLIA

El campamento de los aventureros. La tienda de Págoło Orsini. Págoło acaba de cenar con los aventureros. Unos criados levantan los manteles y se retiran.

DON MICHELE

Todos tenéis la cabeza trastornada, y ninguno ve las cosas como son. El duque no es el hombre más tierno del mundo, es cierto; pero tampoco es el menos prudente, y por eso no le interesa, tratándoos con rigor, perder lo que vosotros significáis para él.

PÁGOLO

¡Si le escuchamos, perecemos! No me probarás jamás lo contrario. Vitellozzo no se equivoca en este punto.

DON MICHELE

Vitellozzo es un asno que se cree un león porque maneja el cuchillo como nadie. Es un bonito

talento, pero que no basta para todo. Volvamos a nuestros asuntos. ¿Crees que el duque te tiene muy mala voluntad?

PÁGOLO

¡Sí, lo creo!

DON MICHELE

Aquí tienes la prueba. Te envía esta cadena.

PÁGOLO

¡Diablo! ¡Rubíes y zafiros! ¡Bonita montura!
¡Trabajo florentino! ¿Me engaño?

DON MICHELE

Tienes el gusto fino para ser un soldadote.

PÁGOLO

¡Buenos estáis vosotros, las gentes de corte!
¡Creéis que vosotros solos tenéis derecho a amar las musas divinas y a comprender verdaderamente lo bello! ¡Si esta cadena no es la obra del Robetta, cosa que me asombraría mucho, te apuesto mi Venus, el cuadro más perfecto de Guido de Bolonia, contra tu vasera de Guillermo de Marsella, hecha en el estilo de Juan di Goro!

DON MICHELE

La vasera te pertenece, desde luego, pues la cadena es un efecto del Robetta. ¡Sabemos escoger en la corte!, ¿eh?

PÁGOLO

¿Cómo está de salud el conde Castiglione?

DON MICHELE

Siempre fiel servidor de la casa Orsini.

PÁGOLO

Le tenemos cariño por tales sentimientos. Pero no puedo más. ¡Todo un día a caballo, visitando las posiciones! ¡Qué aburrimiento estas desavenencias! Vamos a acostarnos, ¿quieres?

DON MICHELE

¿Que si quiero? ¡Me estoy durmiendo de pie!

PÁGOLO

Si escribes al duque esta noche, no dejes de asegurar a Su Alteza que le han engañado mucho con respecto a mí... ¡Pero, no; no le digas nada!... No quiero que pueda creer...

DON MICHELE

¡Vamos, niño grande! Le diré que eres su amigo, como él es el tuyo. ¡Buenas noches!

C E S E N A

El gabinete de Valentino. Don César Borja, Maquiavelo,
Bautista.

BAUTISTA

Monseñor: es un despacho.

EL DUQUE

¡Bien, dámelo! Señor Nicolás: no quiero que la Señoría de Florencia ignore ningún detalle de mi discusión con los *condottieri*. Aquí está lo que don Michele me escribe.

Da el despacho a Maquiavelo,
que lo lee.

Habréis visto que Págoło Ornisi está en camino de venir a las paces y de traer a sus compañeros. Vitellozzo resiste; sin embargo, marchará como los otros... vendrá como los otros... lo tendré ahí, en mi mano, señor Nicolás, con los otros.

MAQUIAVELO

¡Bien lo veo, Alteza! ¡Vendrá! ¡Vendrán todos!... Cada minuto su corazón cae más bajo, y su cabeza, ¡ah!, su cabeza, ha partido ya. Veo que os proponen que os unáis a ellos para hacernos la guerra.

EL DUQUE

¡No saben qué inventar!... Previniendo mi negativa, me ofrecen otra combinación.

MAQUIAVELO

¿Tomar y entregaros a Sinigaglia?

EL DUQUE

Voy a escribirles que intimen la rendición a la plaza, que acudo en su ayuda y, en efecto, iré.

MAQUIAVELO

¿Tenéis bastantes fuerzas para estar seguro entre las manos de esas gentes?

EL DUQUE

¡Bastante gente?... Les he mandado decir (porque eran ellos los que tenían miedo) que iba a despedir de mi lado a todo el mundo, salvo la

compañía del señor de Candalle y un pequeño número de hombres de armas italianos. Y les he cumplido mi palabra. Hace una hora, todos han partido.

MAQUIAVELO

¿Os vais a poner en riesgo de este modo, monseñor?

EL DUQUE

¡Hay momentos en que el sitio más seguro de la tierra está justamente delante del hocico del león! Un día lo comprenderéis. Sois joven todavía.

MAQUIAVELO

¡Tengo curiosidad por saber los sentimientos que vais a mostrar a esos traidores!

EL DUQUE

¡Todo dulzura, señor Nicolás; todo mansedumbre! ¡Os reís!

MAQUIAVELO

Sonrío, Alteza, del escaso acuerdo entre la miel de vuestras palabras y el fuego de vuestras miradas.

EL DUQUE

Los negocios son cosa importante, señor Nicolás, y es preciso no llevarlos con flojedad. ¿Qué es esto, Bautista?

BAUTISTA

¡Monseñor, un billete!

EL DUQUE

Leyendo.

¡Vive Dios! ¡Nuestro juego marcha admirablemente! El Bentivoglio me ofrece su amistad y una alianza de familia.

MAQUIAVELO

El señor Juan, sin embargo, no es muy inclinado a los afectos domésticos.

EL DUQUE

Es un hombre de mano. Ha sabido deshacer bravamente en una noche la jauría de su adversario. ¡Doscientos perros corriendo de un golpe! Esto no deja de hacer honor a un jabato. ¡Pero estas gentes de las viejas familias dejan ver siempre por algún lado a la criatura decrepita! ¡No basta saber apuñalar o mandar apuñalar! ¡El

Bentivoglio carece de seso y no ha sabido nunca retener una idea que tenga continuidad. ¡Ved!
¡Ahora suelta la mano de mis aventureros!

MAQUIAVELO

¡Habéis recorrido buen camino esta semana!

EL DUQUE

¡Bastante! No nos detengamos en la mitad. Marchemos derecho, firme y de prisa... Tocan botasillas. Partamos inmediatamente para Siniaglia.

MAQUIAVELO

Pensativo.

Es muy probable... muy probable... Esas gentes serán lo bastante locos para esperarnos.

EL DUQUE

¡Cómo! ¿Que me esperan?... ¡Van a venir a mi encuentro, no lo dudéis! El destino conduce al hombre o lo arrastra. ¡Me he burlado de ellos veinte veces! ¡Sabes cuán poco las consideraciones secundarias pesan en mi mano! ¡Vedlos, sin embargo! ¡Cómo cada minuto su razón vacila más! Los florentinos no quieren saber de ellos; su amigo Guidubaldo, atemorizado ante las llamas de mis provocaciones, ha huído de Urbino. Aquí está el Bentivoglio, que les vuelve la cara.

¡La inquietud emborracha a los cuatro valentones! Don Michele los está trabajando; aturde a Gravina con razonamientos; a Vitellozzo, con caricias; a Págolo, con presentes; a Oliverotto, con amenazas sordas y promesas capciosas; a todos juntos los emboba con protestas, y lo que es milagroso, pero, creedme, cierto, seguro, razonable, demostrado en caso semejante, aunque estos cuatro fanfarrones sepan a punto fijo el caso que deberían hacer de mis ofrecimientos y de mi piedad, vendrán, vendrán, os lo aseguro, a arrojarse entre mis piernas; nada puede salvarles. ¡Su temperamento y el Cielo así lo quieren!

MAQUIAVELO

Acariciándose la barbilla.

El mundo es de un estudio verdaderamente interesante.

EL DUQUE

Vamos, es bastante divagar. ¡A caballo! Nos detendremos en Fano. Supongo que allí vendrán a implorarme nuestros adversarios.

MAQUIAVELO

A vuestras órdenes, monseñor.

SINIGAGLIA X

La tienda de los Orsini. Págoło. Vitellozzo Vitelli.

VITELLOZZO

La ciudad está tomada; pero el castillo no consiente en rendirse más que al Valentino en persona ¿Quieres que te diga lo que pienso?

PÁGOLO

Te escucho.

VITELLOZZO

El granuja del gobernador ha sido advertido por el duque mismo para que obre así. Se entiende con el Borja.

PÁGOLO

Por todas partes ves la astucia; acaso tienes razón. Pero ¿qué puede hacerse? Puesto que estamos de nuevo a sueldo del Borgia, no podemos discutir declaraciones semejantes.

VITELLOZZO

Lo que va a resultar es que habiendo estipulado con Michele que nosotros permaneceríamos en nuestro campamento y él en el suyo, vamos a encontrarnos bajo su garra, porque de seguro va a venir.

PÁGOLO

Es evidente. Me consuelo pensando que esta situación crítica no puede prolongarse. Lo confieso: estoy inquieto; prefiero saber inmediatamente a qué atenerme. El duque, lo espero, no tiene más que buenas intenciones.

VITELLOZZO

¿Cuáles son los motivos de tu esperanza?

PÁGOLO

¿A santo de qué va a enemistarse con los cuatro primeros *condottieri* de Italia? ¡Nuestro apoyo, nuestra protección, valen oro! Nuestras cabezas, una vez cortadas, no valdrían nada. Además, tenemos detrás de nosotros a esas dos grandes, ilustres, poderosas casas de los Vitelli y de los Orsini, las más brillantes del país romano y, por tanto, del mundo entero. ¡Qué de cardenales, obispos, señores, cuya irritación le haría mucho daño!

VITELLOZZO

Si me llegan a matar, poco me importa que quien lo haga haya cometido una imprudencia.

PÁGOLO

¡Bah! La imprudencia es preverlo todo. Sigamos la corriente; con destreza chocaremos con él de lado y escaparemos bien.

VITELLOZZO

Yo no podría decir otra cosa sino que estoy anonadado.

PÁGOLO

Entonces perecerás, y no yo, que tengo confianza.

Trompetas. Entran Gravina,
Oliverotto y don Michele.

GRAVINA

¡A caballo! ¡Nuestros escuadrones están preparados!

PÁGOLO

¿Qué ocurre?

GRAVINA

El duque llega. Se ve a sus corredores.

VITELLOZZO

¡Michele! ¡Michele!... ¡Nos has traicionado, infame!

DON MICHELE

¡Cómo! ¿Os he traicionado? ¡Explicaos, señor! ¿Soy yo quien decide?

OLIVEROTTO

Tiene razón. Gravina y yo hemos hecho tocar botasilla. Puesto que el castillo no quiere rendirse más que al Borja, es natural que llegue éste. Es un incidente imprevisto, no hay más. ¿Tienes ganas de hacerte coger entre el enemigo y nuestro señor?

VITELLOZZO

No sé ya dónde estoy; os aseguro, os juro, que estamos perdidos. Todas mis advertencias no habrán servido de nada. ¡Tampoco los troyanos querían creer en Casandra, ni los judíos a sus profetas!

OLIVEROTTO

¡Vete al diablo! Hablas a un hombre que sabe lo que son emboscadas. ¿No he sido yo quien hizo matar a Juan Fogliani, mi tío y sus partidarios, mientras creían, como unos imbéciles, sen-

tarse tranquilamente a mi cena? Iréis amablemente al encuentro del Valentino, y yo, por mi parte, me mantendré a la puerta de la ciudad con mis compañías. ¡Si alguien muestra intención de tocaros, somos, con mucho, los más fuertes, y entonces veremos!

DON MICHELE

Nada hay más claro. Es preciso estar ciego para no verlo, y desde el momento que tal arreglo nos conviene debéis comprender que vamos de buena fe.

PÁGOLO

Es cierto. ¡Vamos! ¡A caballo! ¡El duque llega!

El campo delante de Sinigaglia. A cierta distancia, en el fondo, la puerta de la ciudad, ocupada por los infantes de los aventureros. Escuadrones formados en batalla, con Oliverotto a su cabeza, acompañado de sus oficiales. En primer término, la tropa del Valentino, inferior en número a las compañías de *condottieri*, agrupadas a la derecha; el duque, Maquivelo, el señor de Candalle, Balthazar Castiglione, don Michele, don Ugo, Marcantonio de Fano, Leniolo, monseñor de Allegri y otros capitanes, todos a caballo.

EL DUQUE

¡Michele!

DON MICHELE

¡Monseñor!

EL DUQUE

¡Pon tu caballo al costado del mío! Acerca la cabeza... ¡Escucha! Nuestros aventureros se acercan ya. Después de que yo les haya hablado, dos de entre vosotros cogerán en medio a cada uno de esos hombres... a fin de honrarlos... ¡Me entiendes bien? Y no los abandonaréis ya.

DON MICHELE

No, monseñor.

EL DUQUE

¿Qué quiere decir esto? ¡Oliverotto se ha quedado detrás?

DON MICHELE

Sí, Alteza. Está allá lejos, a la cabeza de sus bandas; han hecho este arreglo.

EL DUQUE

Pasa detrás de nosotros, toma un atajo, busca a Oliverotto y, a toda costa, tráemelo. ¡A toda costa! ¡Me comprendes y me respondes de esto?

DON MICHELE

Pero, monseñor...

EL DUQUE

¿Es que no me entiendes, entonces?... ¡Me respondes de esto! No pierdas tiempo; marcha inmediatamente.

Don Michele parte a galopé.
Los capitanes se acercan y saludan.

EL DUQUE

¡Sed bienvenidos, amigos míos! ¡Gracias a Dios se ha disipado entre nosotros toda mala inteligencia! Algún motivo tendría para reñiros por vuestras locuras; pero ¡todo lo perdona el afecto y, puedo confesarlo, el interés bien entendido! ¡Vuestra mano, duque de Gravina! ¡Buenos días, Vitellozzo! ¡Buenos días, Págolo! ¡Venid a mi lado! Nunca me siento bastante cerca de vosotros. Mi fuerza está en la lanza de mis aventureros.

GRAVINA

Hemos pecado, monseñor, al olvidar que vuestros sentimientos eran tales. Sabremos reparar nuestras faltas con nuestros servicios.

EL DUQUE

Cuento completamente con esto.

A los cortesanos.

Señores: no tardéis en rodear a nuestros hués-

pedes, y si estimáis mi amistad tratad de adquirir la suya.

Los caballeros, advertidos por don Michele, rodean a tres capitanes; llega Oliverotto con don Michele.

¡Eh!, señor Oliverotto, ¿dónde estabais?

OLIVEROTTO

Un poco pálido.

Monseñor, estaba en mi puesto. ¡No hubiera querido que alguna traición de las gentes del castillo pudiese turbar este hermoso día!

EL DUQUE

Cuando se es franco, no se teme el engaño, y yo no temo a nadie. Dadme la mano. Olvido todo lo pasado.

OLIVEROTTO

Gracias, monseñor.

EL DUQUE

Mientras hablábamos, hemos ido avanzando, y me parece que nos hallamos ya en mi alojamiento. ¡Os debo una bonita ciudad, señores capitanes!

GRAVINA

Nosotros quisiéramos daros otras mil más hermosas, Alteza.

EL DUQUE

No os faltarán ocasiones para realizar este deseo. Echemos pie a tierra y entremos en la casa.

El duque, los aventureros y todo el séquito se apean. Gran apresuramiento y tumulto.

¡Qué ruido! ¡Orden, señores! ¡No os apresuréis de este modo!... Monseñor de Candalle: unas palabras, ¡hacedme el favor!

Le trae aparte.

¿Vuestros hombres de armas han permanecido a caballo?

CANDALLE

Sí, monseñor. He recibido la orden por don Michele.

EL DUQUE

Poneos a la cabeza de ellos. Cargad vigorosamente sobre los aventureros, que están desprevenidos y no tienen sus jefes. El botín os pertenece.

CANDALLE

¡Monseñor, allá voy!

Sale. El duque sube la escalera, seguido de los cuatro capitanes, a quienes rodean por todas partes las gentes del Borja. Entra en una sala alta, y de repente se vuelve:

¡Que detengan a estos traidores y los desarmen!

OLIVEROTTO

¡Ah, canalla!

Lo derriban de un puñetazo.
Los soldados y los cortesanos
se arrojan sobre los otros y
los atan.

EL DUQUE

Meted a estos hombres en el cuarto de al lado
y ponedles guardas de vista... Quisiera saber lo
que hace monseñor de Candalle.

DON MICHELE

A una ventana.

Los aventureros no han esperado el choque.
Están derrotados, y los franceses, que hacen en-
tre ellos una gran matanza, se desbordan y sa-
quean las casas de la ciudad.

EL DUQUE

¡Corred, y que cuelguen a una docena de esos
bárbaros! No tolero que nadie se permita lo que
yo no ordeno.

Don Michele sale apresurada-
mente.

¿Dónde está Michelotto?

MICHELOTTO, *verdugo*.

Aquí estoy, monseñor.

EL DUQUE

¿Tienes cuerdas nuevas?

MICHELOTTO

Completamente nuevas; mi hacha, mi cuchillo, mis ayudantes.

EL DUQUE

¡Entra ahí! ¡Voy a verte trabajar! ¡Estrangú-
lalos uno después de otro! ¡Yo miraré!

Michelotto desarrolla las cuer-
das que rodean su cintura y
entra en la habitación.

¡Vamos, señores, un poco de diversión después
de tantos trabajos!

Franquea la puerta, seguido
de su corte. Pataleos, gritos
espantosos, y después el silen-
cio y risas.

La casa ocupada por el duque. Terraza que cae al mar;
claro de luna. Después de la cena, el duque está medio acos-
tado sobre unos cojines. Maquiavelo, don Michele, músicos,
que dan fin a un motete.

EL DUQUE

Me gusta mucho esta música nueva. Vivimos
en un gran siglo, señor Nicolás. Todo se renueva.
La otra noche me leyeron un trozo de Virgilio,
muy bello, como la menor producción de este espí-

ritu divino, y en él advertí esta frase: "Nace un orden majestuoso." Parece que así era en aquel tiempo. ¡Y qué verdad resulta en nuestros días! Ese aire que acaban de ejecutar está impregnado de la más suave melancolía. Podéis marcharos, hijos míos; no tengo necesidad de vuestros servicios por esta noche. Que les den un escudo a cada uno. Michele, ¿estás bien seguro de que han ahorcado a los granujas franceses que pillaban a Sinigaglia?

DON MICHELE

Sí, monseñor. Acaso lo han hecho con un poco de exageración. Habéis dicho una docena, y temo que sean más los ahorcados.

EL DUQUE

La broma es bastante buena. ¿Y el saqueo?...

DON MICHELE

¡Quedó detenido en el momento mismo, monseñor!

EL DUQUE

Eso es lo importante. Haz que bajen a los ahorcados, que los descuarticen y cuelguen los pedazos en diferentes partes de la ciudad. Mis súbditos deben saber que yo no consiento que se los oprima.

DON MICHELE

Ya lo saben, monseñor, y cubren vuestro nombre de bendiciones.

EL DUQUE

Es preciso que lo sepan mejor, y para esto haz como te digo. Además, no dejes de extender que mi pasión particular es destruir a los franceses. Nunca se excitará demasiado en nuestro pueblo el odio de los bárbaros, y es preciso que con él vaya junto el desprecio. ¡Anda, Michele!

Don Michele sale.

Acabamos de resolver nuestra dificultad, señor Nicolás.

MAQUIAVELO

Osaré hacer una observación a Vuestra Alteza.

EL DUQUE

¡Hablad! Hablad libremente, os lo suplico.

MAQUIAVELO

Puesto que habéis preferido la justicia a la misericordia, ¿no hay algún inconveniente en la ejecución de los dos Orsini? Esta casa es poderosa.

EL DUQUE

Había escrito a Roma. Esta mañana he sabido que el cardenal, el arzobispo de Florencia y el señor Jacobo de Santa Croce habían quedado detenidos con una sorpresa, como recomendaba al Santo Padre. Sin este éxito, hubiese dado largas al asunto.

MAQUIAVELO

Con esto, la combinación me parece irreprochable.

EL DUQUE

¡Notad que no se trata de que haya cuatro granujas menos en Italia, sino los cuatro *condottieri* más terribles, con mucho! Después de ellos, los demás son insignificantes. No cuesta gran trabajo dominarlos. Con ayuda del hierro y del cáñamo he cicatrizado una herida horrible. ¡Dentro de algunos siglos no podrán imaginar que haya existido alguna vez una cosa semejante! ¡Los jefes de las tropas, no sujetos a ningún partido, a ningún Estado, a ningún Gobierno! ¡Sirviendo a su capricho o traicionando a los príncipes, devorando sus bienes, so pretexto de soldada, y los de sus súbditos, bajo todas las formas de lo arbitrario! ¡Qué monstruosidad! ¡Qué tontería! ¡Y de ahí salían los Sforza, que tomaban a Milán; después los Carmagnola, terror de Venecia! ¡Por

mi salvación, acabo de haceros el servicio más señalado que podéis pedir!

MAQUIAVELO

No hay duda alguna, monseñor, y, gracias a vos, puedo también repetir la frase de Virgilio: *Magnus nascitur ordo*. Ahora, si organizáis milicias, reclutadas, no entre bandidos, sino entre hijos de labradores, y que no obedezcan tanto a sus jefes como a sus soberanos, acabaréis vuestra obra.

EL DUQUE

¡Es preciso tiempo! Es preciso tiempo, no para darme descanso, sino para dejar a la inteligencia de los pueblos la posibilidad de madurez. ¡Cuántas cosas hay que cambiar! ¡Hay que refrenar a los grandes, contener a los pequeños, conseguir dinero y, para todas estas necesidades, combinar los medios seguros convenientes! ¡Cuántos actos diversos se hacen necesarios! Son los frutos de la voluntad; brotan, se desarrollan, apuntan en botones y después rompen. No apesuremos demasiado la recolección, porque puede abortar. ¡Tiempo, paciencia, nada de abandono, nada de sueño, nada de precipitación!

MAQUIAVELO

Permanecer dueño de sí mismo, más aún que de los otros, tal es el mérito de los fuertes.

EL DUQUE

¡Qué hermosa noche! ¡Ved el admirable efecto producido por la reverberación de la luna a través de esas olas agitadas bajo un horizonte tan vasto! Sería preciso tener aquí algunos de nuestros artistas y de nuestros poetas para explicar a nuestros sentidos encantados tantas maravillas... ¡Qué pueden ser esos fuegos que se escalonan en las montañas?... ¡Mirad allá lejos!

MAQUIAVELO

Se me figura que son los campamentos dispersos de los aventureros puestos en fuga por monseñor de Candalle.

EL DUQUE

Decís bien. Esos pobres reptiles buscan agujeros donde esconderse y escapar a mi cólera.

MAQUIAVELO

Vuestra Alteza tiene por armas un dragón devorando serpientes.

EL DUQUE

¡Y dicen que carezco de franqueza? ¡Sí, ciertamente, señor Nicolás! ¡No soy como el duque de Milán, una miserable víbora que se traga a un

recién nacido! Soy la hidra de Lerna, un monstruo, si se quiere, pero que despedaza y devora los monstruos y destruirá hasta el último de esos príncipes de barro, de esos *condottieri* de metal falso, que estorban mi camino. Con los restos de sus nidos construiré el mío de águila, y llegará un día en que desde el pie de los Alpes hasta el mar de Sicilia no existirá más dominación que la mía.

F E R R A R A

Una *loggia* en el palacio ducal. Doña Lucrecia Borja, sentada en una silla con franjas de oro, está mirando al campo; a su lado, apoyándose en una de las columnas que sostienen el techo, don Alfonso de Este, su marido.

ALFONSO

Os lo aseguro: vuestro hermano ha sabido salir bien de este asunto. Ha cogido el nudo gordiano primero con precaución, lo ha manejado con destreza y, agarrándolo resueltamente, lo ha cortado como Alejandro.

LA SEÑORA LUCRECIA

Ahora es mucho más fuerte y está mucho más seguro que jamás lo estuvo. Tales crisis elevan a los que las atraviesan con ventura. Por eso me parece necesario que os mantengáis en guardia contra el Valentino.

ALFONSO

¿No encontráis, Lucrecia, que ha prestado un eminente servicio a todos los príncipes? En adelante, los que tenemos el cetro seremos también los únicos en tener la espada.

LA SEÑORA LUCRECIA

Es posible; pero yo me fijo sobre todo en el aumento de prestigio y de fuerza que el Valentino acaba de adquirir. Y me pregunto en qué irá a emplearlo.

ALFONSO

Seguramente comenzará por fortificarse en la Romaña, y por algún tiempo tendrá suficiente ocupación con los venecianos y los aragoneses. De esta manera necesitará de nosotros, y yo le mediré nuestros socorros de manera que le impidan caer, sin acabar de ponerse sólidamente en pie.

LA SEÑORA LUCRECIA

Me parece que no tenéis una idea justa de don César. No es hombre para ir pellizcando así las uvas de la fortuna. Tened por seguro que la manera como va a hacerse dueño de las Romañas consistirá en no respetar a nadie. Antes de mucho dará un golpe, y estoy convencida de que desde este momento mismo sus posesiones actuales son lo que menos le ocupa.

ALFONSO

¿Qué pretendéis que intente? Por más infatigable que yo le suponga, es preciso que se tome algún tiempo para asentarse con equilibrio. Además, nada tengo que temer de él, por razón de que el punto de apoyo de ambos es el mismo: Francia, y, ciertamente, Luis XII, no me dejará atacar.

LA SEÑORA LUCRECIA

Yo no digo que el Valentino piense en ataques, y, desde luego, no me imagino de ninguna manera adivinar lo que piensa. Pero, considerando las cosas en bloque, y como le conozco bien, estoy segura de que medita, no en conservar lo que tiene apuntalándolo, sino agrandándolo. Se enredará con alguno de sus vecinos, no sé con quién; pero seguramente a este vecino lo aplastará, y considero que cada grado de fuerza que adquiere lo hace temible para nosotros, puesto que si el Destino le pusiese el globo terrestre en la mano nunca dirá el Valentino: basta. En cuanto a Luis XII, ciertamente éste tiene grandes razones para seros fiel, y vosotros podéis mucho contra él o en su favor; pero su debilidad sin límites por su ministro el señor de Amboise, y la ambición enfermiza que arrastra hacia la tiara a este favorito, la destreza que el Valentino ha tenido en persuadirle de que él solo dispondría de ella a la

muerte de Alejandro VI, he aquí más de lo que es necesario para que mi hermano domine el espíritu de los franceses. Cometerían, me diréis, una gran falta prestándose a engrandecerlo excesivamente; pero... ¡las faltas!, me parece que los negocios humanos no tienen otra contextura.

ALFONSO

Vuestro razonamiento me impresiona. Entreveo, en efecto, que la grandeza de don César se hace peligrosa. Sin embargo, no adivino en qué género de precauciones debería aventurarme. Mostrar desconfianza...

LA SEÑORA LUCRECIA

Sería el peor sistema. Al contrario, sois el aliado natural de don César, y no es oportuno parecer olvidarlo.

ALFONSO

Acabo de enviarle uno de mis oficiales para felicitarle con motivo de la ejecución de Siniaglia.

LA SEÑORA LUCRECIA

¿Y si, por ejemplo, advirtieseis a los venecianos, a los florentinos y hasta a los aragoneses que se pusiesen en guardia, puesto que no se sabe contra quién va a arrojarse el señor de Valenti-

no?... De esta manera aumentaréis la fuerza de resistencia, sin darlo a entender, y haríais un buen servicio a un enemigo, que más tarde os lo agradecería.

ALFONSO

Veis bien, y es el partido que voy a tomar.

LA SEÑORA LUCRECIA

En todo caso esto no os hará ningún daño. Que no se me olvide divertiros con esta carta.

ALFONSO

¿De quién es?

LA SEÑORA LUCRECIA

De vuestra hermana, la princesa de Mantua. ¿Conocéis a ese joven escultor florentino, Miguel Angel Buonarotti, de quien se empieza a hablar tanto?

ALFONSO

Hace cosas admirables, y tengo muchas ganas de traerle aquí.

LA SEÑORA LUCRECIA

¡Pues bien! Ese Miguel Angel ha ejecutado una estatua del Amor, tan bella, que el magnífico Lo-

renzo le había aconsejado que la hiciese pasar por una obra antigua. El cardenal de San Jorge, que entiende poco de cosas bellas...

ALFONSO

Es un ignorante y un tonto completo.

LA SEÑORA LUCRECIA

Sois severo; pero en este caso os da la razón. Ha comprado la estatua. El azar le hace saber que es moderna. Imaginad su desencanto. Se pone furioso, y en su desprecio por la obra, ya indigna de sus miradas, quiere venderla. El señor de Valentino olfatea la cosa. Ya conocéis lo delicado de su gusto; compra inmediatamente la obra despreciada y acaba de regalársela a vuestra hermana; ella me cuenta la historia, y está llena de alegría por el regalo.

ALFONSO

Sí, es cierto. Hay que traer aquí a Miguel Angel. Ese joven es un admirable artista, y llegará a ser uno de los más finos de Italia.

LA SEÑORA LUCRECIA

Pienso como vos. Además, nuestra corte debe sobrepujar a las otras, y ahora que los franceses se han establecido en Milán, todos los hombres

de genio y de ciencia reunidos con tantos gastos por Ludovico Sforza no tienen asilo. ¿No queríais acoger aquí a Antonio Cornazano, que me ha dedicado sus dos poemas sobre la vida de la Santísima Virgen y la de Nuestro Señor? ¿Y también a Jorge Robusto de Alejandría, que me ha dedicado sus poesías?

ALFONSO

Hacedme el favor de mandar que escriban inmediatamente las cartas necesarias para invitar a tan excelentes escritores. Que las redacten en los términos más halagüeños; yo mismo firmaré. Me proporcionáis una alegría al darme la esperanza de reunir estos ingenios a los que ya tenemos.

LA SEÑORA LUCRECIA

¡Ah, si pudiésemos sacar de la corte de vuestra hermana, a Juan Pedro Arrivabene y al Spagnolo!

ALFONSO

Sin duda, sin duda, yo lo quisiera como vos; pero no somos tan pobres en méritos que tengamos el derecho de quejarnos. Cierto que la muerte acaba de quitarnos el inimitable Boyardo; pero nos quedan Francisco Cieco, Lelio, los dos Strozzi y ese joven Ariosto, del cual me dicen maravillas.

LA SEÑORA LUCRECIA

Merece los elogios más completos, y el epitalamio latino que escribió para nosotros con ocasión de nuestras bodas es una de las más bellas cosas de este tiempo.

ALFONSO

No lo dudo, puesto que vos lo decís. Ciertamente, vos entendéis más que yo de poesía y letras; lo que yo sé y lo que repito es que importa que nuestra Ferrara no ceda a ninguna de las ciudades italianas en respeto a los grandes talentos, y os repito que hasta quisiera oír decir que mi corte los reúne todos.

LA SEÑORA LUCRECIA

Es una ambición digna de vos, monseñor.

ALFONSO

Mandad que escriban inmediatamente a vuestros tres sabios; yo voy a ocuparme de las instrucciones nuevas que conviene enviar a Venecia, a Florencia y a Nápoles; después iré a visitar los talleres en que están fabricando mi artillería. ¡Lástima, Lucrecia, que no comprendáis estas cosas tan bien como comprendéis la poesía! Me gustaría hablar de esto con vos. ¿Sabéis que no

hay nada tan interesante en el mundo como las explicaciones de los matemáticos y de los ingenieros?

LA SEÑORA LUCRECIA

Sonriendo.

Os creo, don Alfonso; pero no es necesario que yo sea muy hábil en esto. Me agrada escuchar que vos sabéis más que todos los capitanes de estos tiempos. Es lo bastante para mi gloria, y yo voy, perdonadme, mientras vos veréis fundir alguna culebrina, a dar un paseo con mis damas en los jardines que acabamos de plantar.

ALFONSO

Id, Lucrecia; os beso las manos.

UNA ALDEA DE LA ROMAÑA

Reunión de una de las sociedades secretas llamadas *Pacifici*.
Campesinos armados; dos espadachines.

PRIMER ESPADACHÍN

¡Beati pacifici!

Saludando.

EL JEFE DE LOS CAMPESINOS

Sois buenas personas; os damos las gracias por haber venido los dos.

PRIMER ESPADACHÍN

No teníamos interés en faltar. Pensad mejor, ilustrísimos señores, de nuestro apresuramiento por ofrecer nuestros servicios a señorías tan respetables como sois vosotros.

EL JEFE

Gracias por vuestras palabras. ¿De modo que Su Alteza os envía a nosotros?

PRIMER ESPADACHÍN

En efecto. Don César Borja, duque de la Romaña, y no otro, es quien nos dirige a vosotros. He aquí un anillo que nos ha entregado como signo de reconocimiento.

EL JEFE

Es lo mismo que nosotros habíamos pensado. Sentaos, señores; debéis de estar cansados.

PRIMER ESPADACHÍN

Sentarse es cosa buena. Este compañero y yo nos hemos corrido a caballo veinte leguas de un tirón, sin pararnos, y por muy acostumbrado que se esté a las fatigas de la guerra me parece que nos estará permitido tener las piernas un poco magulladas.

EL JEFE

¿Sabéis acaso por qué causa se os llama aquí?

PRIMER ESPADACHÍN

El duque ha dicho sobre eso algunas palabras.

EL JEFE

Perdonadme la pregunta: ¿estáis tan seguro de vuestro compañero como de vos mismo? Se trata de un negocio delicado, y conviene saber con quién se trata.

PRIMER ESPADACHÍN

Alabo vuestra prudencia. Sabed que mi amigo es uno de los bravos de este siglo. Acaso se le podría aplicar la frase famosa de Plutarco, en su admirable *Historia Romana*, cuando al hablar de un excelente capitán decía: "No se hubiese atrevido a permanecer en una estancia solo con un espejo, pues hubiera temido ver su rostro." ¡En efecto, cuando este caballero toma un aspecto marcial, aterroriza! Si habla poco es porque es todo acción.

EL JEFE

Ahora, vengamos a nuestro negocio. Se trataría de acabar de una vez con el Malatesta.

EL ESPADACHÍN

Nada más fácil.

EL JEFE

¿Pero sabéis que no marcha nunca sin llevar a sus espaldas una larga tropa de matones?

EL ESPADACHÍN

¡No importa! Mi compañero y yo estamos acostumbrados a vencer las dificultades más complicadas. Decid tan sólo qué género de solución deseáis.

EL JEFE

No os comprendo.

EL ESPADACHÍN

¿Os basta que el señor Malatesta reciba lo que nosotros, los hombres de armas, llamamos un primer aviso, que lo tendría en la cama... un mes o dos, por ejemplo? Si no necesitáis más para contentaros, decidlo.

EL JEFE

Preferiríamos acabar de una vez.

EL ESPADACHÍN

¡Maravilloso! ¿Llevar las cosas al extremo, eh? ¡Está muy bien! Quedamos en esto. ¡Bueno! Ahora pasemos a los medios. ¿Tenéis alguna preferencia? ¿Cómo deseáis que vuestro hombre sea despachado?

EL JEFE

Del modo más rápido y más seguro.

EL ESPADACHÍN

Lo mismo pienso yo; mi amigo y yo no dejamos nunca la tarea a medio hacer. Como se trata de un personaje advertido y puesto en guardia, he aquí lo que os propondré primero.

EL JEFE

Pero ¿qué instrumento es éste?

Los concurrentes se agolpan
para mirar.

EL ESPADACHÍN

¡Ah, una pequeña obra maestra! Y, sin embargo, a primera vista, un tenedor y nada más! Ved qué bonito es mi tenedor: todo él de plata bruñida y cincelada. ¿No admiráis esta figurilla colocada encima del tridente? ¡Mirad! ¡Mirad! Aprieto así sobre la cabeza... Los pies se levantan imperceptiblemente... ¡Ved!... Hay un agujero. ¿Véis ese agujero?

LOS CAMPESINOS

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

EL ESPADACHÍN

¡Pues bien! Si en ese agujero coloco un preparado, un poco de polvo, algunas gotas de líquido, y el criado que trinche, en el momento de cortar la porción del convidado que me interesa, maneja diestramente su tenedor... ¿Comprendéis?... El polvo o la pócima cae sobre el pedazo que el hambriento va a llevar a su boca. No es cosa difícil, y por unos cincuenta ducados me procuraré la amistad del criado que queráis de la casa Malatesta.

EL JEFE

Está muy bien; pero si ese sirviente, con el tenedor en una mano y los ducados en el bolsillo, fuese a contarlo todo a su amo para sacar algo con la otra mano sin arriesgar nada, habríamos perdido nuestro dinero. ¡No! Preferimos no tratar más que con vos.

EL ESPADACHÍN

Si os proponía esta combinación es porque es muy bonita y el instrumento es todavía desconocido. El inventor es uno de mis mejores amigos. ¿No os gusta esta forma? ¡Bien! La utilizaré en algún otro arreglo, y en cuanto a encontrar un medio, yo me encargo. ¡Veamos!... El estilete de vidrio que se rompe en la herida convendría bastante... ¡Por lo demás, yo veré! ¿Os interesa que todo haya terminado de aquí a una época fija?

EL JEFE

Cuanto antes, mejor.

EL ESPADACHÍN

¡Comprendo!... Estamos a 5 de mayo. Mi compañero y yo debemos encontrarnos el 20 de junio en Vicenza, donde la serenísima Señoría de Venecia nos ha honrado con una misión. De aquí

allá, nuestra discusión con el señor Malatesta habrá terminado; podéis contar con mi palabra.

EL JEFE

¡Muchas gracias! Aquí tenéis cien ducados de anticipo.

EL ESPADACHÍN

¡De ningún modo!... ¡De ningún modo!... La cosa no tiene importancia. No es más que el gusto de complaceros. Gracias, sin embargo. Besamos las manos de vuestras señorías.

Los espadachines se retiran.
Entran unos hidalgos romanos.

PRIMER HIDALGO

¡Buenas noches, compadres! ¿Ya reunidos y de acuerdo?

EL JEFE

No esperamos más que a vosotros.

EL HIDALGO

¡Pues bien! ¡Aquí estamos, todos campesinos, todos buenos amigos, buenos vecinos, todos *pacifici*, ligados para establecer y mantener el orden contra las facciones y los tiranos; ni güelfos, ni amigos de los Malatesta, ni partidarios de los

Baglioni, sino amigos de nosotros mismos, de nuestras familias, de la paz pública! Pues bien, ilustrísimos señores, veamos lo que conviene hacer.

UN CAMPESINO

Mientras haya ciudades en el mundo habrá ciudadanos, y con ciudadanos la tranquilidad no es posible. Yo tengo un primo que guarda una de las puertas de Rímini. En caso de necesidad, no se negaría a dejarnos paso franco. ¿Y si fuésemos a registrar un poco las casas de esa ciudad malvada?

UN HIDALGO

Bien pensado.

Murmullo general de aprobación.

EL JEFE DE LOS CAMPESINOS

¡Ilustrísimos señores, entendámonos! ¿Con quién estamos aliados? ¿Con los *condottieri*?

TODA LA ASAMBLEA

¡Dios nos guarde!

EL JEFE

¿Entonces lo estáis con los güelfos allí donde el señor es gibelino? ¿Con los gibelinos allí donde el príncipe es güelfo? ¿No es eso?

Murmullo violento.

¿No hay más? En ese caso, vosotros, puros, honrados y excelentes *pacifici*, ¿dais la mano a don César Borja?

VARIAS VOCES

Desde luego.

EL JEFE

¡En ese caso, no toquéis a Rímimi! El duque no consiente que se ponga orden allí donde él lo mantiene; escuchemos más bien lo que nos manda decir. Ahora se propone ejecutar en Toscana lo que acaba de realizar en las ciudades romañolas: destruir los tiranos de todo género, humillar a los grandes y levantar a los pequeños. ¿Estamos?

LA ASAMBLEA

¡Sí! ¡Sí! ¡Viva el Valentino!

EL JEFE

¿Escribimos al duque que puede contar con nosotros?

LA ASAMBLEA

¡Escribamos! ¡Viva el Valentino! ¡*Beati pacifici*! ¡Fuego a Florencia!

M I L Á N

Interior de la catedral. Cantan la misa mayor; numeroso clero en el coro; gran multitud en la nave central y en las laterales.

En el coro

UN CANÓNIGO

De rodillas.

¡Qué débil es mi corazón! ¡Qué fría está mi alma! ¡Ay! ¡No consigo compenetrarme como sería preciso de las inefables bondades de Dios! ¡Quisiera tanto elevarme hasta el trono de la Omnipotencia!... ¡Quisiera tanto perderme en este fulgor!... ¡Dios mío, ayudadme! ¡Dios mío, sostenedme!

Se prosterna.

SEGUNDO CANÓNIGO

¿Coméis con nosotros en el Arzobispado?

TERCER CANÓNIGO

¡Allí como! ¡Tendremos una trucha verdaderamente magnífica!

SEGUNDO CANÓNIGO

Si ese imbécil de fray Lorenzo no se apresura a terminar su misa, va a estar ya pasada.

A un monaguillo.

¡Escucha, pequeño!

EL MONAGUILLO

¡Sí, monseñor!

SEGUNDO CANÓNIGO

Ve y dile a fray Lorenzo que se dé prisa.

EL MONAGUILLO

Al oficiante.

Don Pablo os suplica que acabéis de prisa.

FRAY LORENZO

¿Quién le manda a él meterse en esto? ¡Yo no como en el Arzobispado! ¡Cuidado, imbécil! *Dominus vobiscum.*

LOS CANTORES

Et cum spiritu tuo.

Suena el órgano.

En la nave

UN HERMANO LIMOSNERO

¡Comprad las indulgencias! ¡Indulgencias! ¡Las hay de todos precios! ¡Hermanos cristianos, comprad las indulgencias!

UNA MUJER, *muy compuesta*

¡Dios mío, qué calor!

Se da aire.

SEGUNDA MUJER

¡No se puede más! ¡Dadme vuestro pomo de flores, Monna Bianca, por favor; he olvidado el mío.

TERCERA MUJER

Con mucho gusto; aquí lo tenéis. ¡Qué falso y malo es ese Felipe!

PRIMERA MUJER

Querida: me ha cortejado el tiempo suficiente para que sepa lo que se debe pensar de él.

CUARTA MUJER

¡Acaso sea verdad; pero tiene buen aspecto!
¡La elevación!

Todas las mujeres se ponen de rodillas y se golpean el pecho.

UN HOMBRE

A una señora vieja con lentes
que lee su misal.

Señora... Señora... ¿Queréis comprar rosarios
benditos por el Santo Padre?

LA SEÑORA

¡Dejadme en paz!

EL HOMBRE

Señora... ¿queréis comprar una reliquia del gran
San Ambrosio? ¡Un hueso del codo!... ¡Barato!...
¡Con los testimonios de autenticidad!

LA SEÑORA

¡Os digo que me dejéis en paz!

EL HOMBRE

¿Queréis jabón fino o guantes de España?

LA SEÑORA

Fuera de sí.

¡Si no me dejáis tranquila, voy a llamar a los
pertigueros!

El hombre se aleja.

En las naves laterales

Dos ciudadanos, cerca de una capilla, recorren sus rosarios, con el gorro bajo el brazo.

PRIMER CIUDADANO

Et benedictus fructus ventris tui... Esto no impide que el granuja se haya marchado sin pagarme las tres comidas que me debía, y consiento en que la fiebre me lleve si alguna vez no me las paga... ¡Jesús! ¡Amén! *Ave Maria, gratia plena, Dominus...*

SEGUNDO CIUDADANO

Qui es in coelis sanctificatur... ¡Os lo he dicho cincuenta veces! ¿Cómo sois tan imbécil que os fiáis de estudiantes? Veamos, señor Guglielmo: ¿os lo he dicho o no os lo he dicho?... *Nomen tuum, adveniat regnum.* ¡Qué diablo! ¡Estudiantes que pagasen no serían ya estudiantes!

UN CABALLERO

A una vieja.

¡Vamos, querida Laurenciana, aquí está el billete!

LA VIEJA

Os repito que es muy difícil. ¡Me ha rechazado con amenazas de decírselo a su madre!

EL CABALLERO

¡Toma otro cequí!

LA VIEJA

Procuraré convencerla... ¡Pero es sólo por el cariño que os tengo! Si os hago una señal, poneos detrás de ella; le hablaréis todo el tiempo que queráis.

EL CABALLERO

Que el Cielo te inspire o yo pierdo mi apuesta.

Comienza el *Sanctus*.

DOS LIMOSNEROS

A grito pelado.

¡Para la cruzada! ¡Para la cruzada! ¡Dad para la cruzada! ¡Libertad el Santo Sepulcro! ¡Para la cruzada! ¡Señores y señoras, compadeced a los cristianos degollados todos los días por los turcos feroces! ¡Para la cruzada!

Tres muchachos de mal aspecto cerca de un pilar.

PRIMER MUCHACHO

¿Es ese hidalgo que está allí?

SEGUNDO MUCHACHO

¿Aquel moreno y de bigotito negro?

TERCER MUCHACHO

Ese mismo... el del jubón negro.

PRIMER MUCHACHO

¿Con una gorguera al cuello, la mano izquierda cubierta por un guante desgarrado... y la otra descalza?

SEGUNDO MUCHACHO

Como llegue a volverse me hace polvo. Voy a lanzarle el estilete a diez pasos y escapo.

PRIMER MUCHACHO

Si te persigue, haremos como que pasamos de prisa y le haremos caer.

SEGUNDO MUCHACHO

¿Seguro?

PRIMER MUCHACHO

¡Cuando te lo digo, granuja!... ¡No vayas a equivocarte! ¡Dale en la cadera, de costado! No se trata más que de una cuchillada de cinco puntos. Estamos pagados con anticipación.

SEGUNDO MUCHACHO

Esperad un momento a que encienda un cirio a San Nicolás.

PRIMER MUCHACHO

Vete de prisa y vuelve... Nosotros seguimos al galán por la calle detrás de la iglesia. Tú te emboscarás en el ángulo del muro.

SEGUNDO MUCHACHO

No tengáis miedo. Estoy seguro de mi golpe. Estará en cama quince días.

Suena el órgano. Estalla un petardo.

LA MULTITUD

¡Ay, Dios mío! ¡Todo se ha perdido! ¡Los franceses nos degüellan! ¡Virgen Santa, todo se ha perdido!

UNA VOZ ENTRE LA MULTITUD

¡No! ¡No! ¡No! ¡No temáis nada! Son unos granujas que se divierten. ¡Jesús, me han robado mi bolso! ¡Queréis soltar mi capa?

UNA MUJER

De rodillas, en un rincón.

¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias! ¡Mi pobre hermano! ¡No morirá! ¡No lo habéis querido! ¡Vos me

lo devolvéis; yo os lo debo! ¡Todos los días de mi vida os rezaré! ¡Nunca os pagaré lo que os debo! ¡Cuánto os amo! ¡Cómo os veo en vuestra bondad sin igual! ¡Dios mío, no me olvidéis nunca! ¡Proteged a mi pobre hermano que me habéis devuelto!

Llora.

UN NOTARIO

A su mujer.

¿Habéis terminado con vuestras devociones? Si no salimos en seguida seremos ahogados por la multitud. ¡Ganemos la puerta, vamos! ¡Daos prisa!

LA MUJER

Estoy recogiendo mi falda para que no me la arruguen.

EL NOTARIO

¡Decid mejor que estáis haciendo gestos para que la gente se fije en vos! ¿Pensáis, Monna Pomponia, que no conozco vuestras triquiñuelas? ¿Es que se me puede engañar a mí?

LA MUJER

¿Quién piensa en engañaros? Dejadme rezar otra avemaría.

EL NOTARIO

La diréis andando. Pero ¿qué hacéis?

LA MUJER

Voy a coger agua bendita, si puedo; pero hay mucha gente alrededor.

UN CABALLERO

¿Me permite usted, señora, que se la ofrezca?

LA MUJER

Con mucho gusto, señor...

Muy bajo.

Ven a las dos... Saldrá todo el día. ¡Ven!

EL CABALLERO

¿Dónde?

LA MUJER

En la sala baja... ¡Márchate, él se vuelve!

EL NOTARIO

¡Vamos! ¿Acabaremos hoy o mañana? ¿Quién es ese gentilhomme que os ha dado agua bendita?

LA MUJER

No sé; en mi vida le he visto.

UNOS LACAYOS

Empujando a la multitud con mucha prisa.

¡Sitio! ¡Sitio! ¡Sitio a la señora duquesa!

Todo el mundo sale de la iglesia; continúa sonando el órgano.

R O M A

La Viña del cardenal Corneto. Una sala que da a los grandes jardines por grandes ventanas festoneadas de pámpanos.
El papa Alejandro VI. Don César Borja.

EL PAPA

¡Es verdad! A pesar de haberse puesto el sol, continúa el calor sofocante. Nunca, sin embargo, me he sentido con más fuerza. La grandeza de nuestros proyectos, la audacia de vuestras resoluciones, elevan mi voluntad. Todo se presenta según lo esperábamos. Llegamos a un momento capital, y no sólo para vos, don César, no sólo para mí, sino para Italia entera. Nuestro triunfo será el suyo. Pobre político es aquel cuyo éxito a él solo le sirve. Este mundo está dispuesto de tal suerte que, cuando el sabio realiza sus designios, las multitudes inertes de los pequeños también se benefician de ello. Esto es lo que justifica la necesidad de los medios. Vamos a dar un golpe atrevido. No se me oculta. Y vos lo sentís lo mismo que yo. Mañana, al despertarse, Roma sabrá los nombres de los cardenales que esta noche van a sucumbir.

Lo repito: es un golpe atrevido; es necesario. Hay que aterrorizar a nuestros enemigos, y mediante una amplia incautación de los bienes que los difuntos cardenales van a dejar vacantes proveer a las imperiosas necesidades de vuestra empresa de Toscana. Una vez ganado este punto, podremos para siempre prescindir del socorro de Francia.

DON CÉSAR

No necesitaremos ya preocuparnos de nadie. El navío de nuestras esperanzas, animado por su propio impulso, marchará aunque no le empuje ningún viento. Por mi parte, desafío a la Fortuna a que rompa la cadena con que le he atado los brazos.

EL PAPA

Nuestros convidados van a llegar... los estoy oyendo, me parece... ¡Eh! Don César, ¿quién de entre ellos sospecha que no saldrá vivo de esta sala?... Pero advierto que no tengo... ¡No! ¡No lo tengo!... ¡Es raro!... ¿Cómo he podido olvidar esto?

DON CÉSAR

¿Qué habéis olvidado?

EL PAPA

¡Poco importa!... ¡Pero no debo estar sin tenerlo!... ¡Llamad a Caraffa!

DON CÉSAR

Ahí está en la antecámara... Entrad, Caraffa; el Santo Padre quiere hablaros.

EL PAPA

Caraffa: vuelve en seguida al Vaticano... Entra en mi cámara... Busca, tráeme, esa pequeña caja de oro que contiene... ¿sabes?

CARAFFA

¿Una hostia consagrada?

EL PAPA

Eso mismo. ¡Vete!

CARAFFA

¿Cómo! ¿No la tenéis con vos?

EL PAPA

¿Qué quieres? Es una tontería; la he olvidado. ¡Figúrate!

CARAFFA

¿Cómo se puede abandonar así una cosa que resguarda de todo peligro?

EL PAPA

Tienes mucha razón... Vete en busca de mi caja; no pierdas un minuto, ¿lo oyes? No estaré tranquilo mientras no tenga la caja en mi bolsillo.

CARAFFA

¡Corro!

Sale.

EL PAPA

¿Habéis tomado las precauciones necesarias, don César, para que las cosas se realicen de un modo seguro?

DON CÉSAR

Hay seis frascos de vino de España. Vuestro sumiller Matthias ha echado en ellos la cantárida a mi vista, y le he recomendado que no administre esta mezcla más que a los que yo le designe. Matthias es un hombre de confianza.

EL PAPA

Sin duda. En todo caso, os lo repito, tomad bien todas las precauciones.

DON CÉSAR

Sonriendo.

No tengáis ningún temor.

EL PAPA

Me gusta vuestro espíritu resuelto... ¡Pero qué calor hace! ¡Eh! ¡Que venga alguien!

UN CRIADO

¡Santísimo Padre!

EL PAPA

Decid a Matthias que nos traiga vino; me estoy muriendo de sed.

DON CÉSAR

También yo bebería con gusto, y después daremos un paseo bajo la sombra del jardín, esperando a nuestros convidados.

Entran dos criados llevando en una bandeja dos copas y una botella de vino.

EL PAPA

¿Por qué Matthias no viene él mismo como yo lo he mandado?

PRIMER LACAYO

Santísimo Padre: ha vuelto a la ciudad para buscar albaricoques que faltaban.

EL PAPA

¿De dónde has tomado este vino que nos traes?

PRIMER LACAYO

Santísimo Padre: del aparador.

DON CÉSAR

¿Es que tenéis inquietudes?

Riendo.

EL PAPA

No. Pero Matthias hubiese hecho mejor en permanecer aquí. ¡A vuestra salud, don César!

DON CÉSAR

¡Gracias! ¡Yo bebo a vuestra vida larga, floreciente y gloriosa!

EL VATICANO

La alcoba del Papa.

CARAFFA

¡Obligarme a tal carrera con semejante calor!...
¡Sólo ese Alejandro puede hacer tal iniquidad!
¡Su hostia! ¡Su hostia! Desde que le aseguraron
que mientras la llevase consigo no podía ocurrir-
le ninguna desgracia, si la pierde de vista se vuel-
ve loco... ¡Qué imbéciles son los hombres! ¿Qué
peligro corre?... ¡Veamos!... ¿Dónde puede estar
esa maldita caja?... Probablemente sobre la mesa,
al lado de la cama... ¿Qué es esto?... ¡Virgen
Santa!... ¡No! ¿Qué es lo que veo? ¡Un hombre
tendido sobre el lecho del Santo Padre!... ¡Oh!
¿Qué es lo que me pasa? ¿Me he vuelto loco?
¡Mis cabellos se erizan!... ¡Mis dientes castañean!
... ¡Me muero! ¡Quisiera estar muy le-
jos de aquí! ¡Me vuelvo loco!... ¡Es posible!...
¡El Papa mismo!... ¡Aquí!... ¡Oh Jesús!... ¡Por
todos los santos!... ¿Qué significa esto?... ¡El

papa Alejandro extendido sobre su lecho!... ¡Y acabo de dejarlo allí!... ¡Está lívido! ¡Su rostro está completamente negro!... ¡Está muerto! ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Salgamos!

Se lanza hacia la puerta gritando, la abre con trabajo y cae desvanecido sobre el descansillo de la escalera, donde los criados lo recogen.

LA VIÑA DEL CARDENAL CORNETO

El comedor. Estatuas, cuadros, ricos tapices de Flandes, grandes aparadores esculpidos, pavimento de mosaico. Una vasta mesa cubierta de vajilla de oro y plata; sobre un gran plato, en el medio, un gran pavo real asado, con sus plumas y la cola extendida; pirámide de frutas, grandes vasos llenos de flores. El papa Alejandro, don César Borja, los cardenales Castellar, Romolino, Francisco Soderini, Copis, Nicolás de Fiesco, Sprata, Corneto, Iloris, Casanova, Valentin; camareros, sumilleres, lacayos, guardias pontificios de centinela a las puertas.

EL PAPA

Sentándose a la mesa.

¡Esta sí que es una hermosa velada! Estemos alegres, y en lo posible ingeniosos. Nada me parece semejante a cenar en buena y brillante compañía.

EL CARDENAL CORNETO

¡Qué dicha, qué felicidad, celebrar así con Vuestra Santidad el favor insigne que se ha dignado concedernos a todos elevándonos al cardenalato!

EL PAPA

¡Es un placer muy grande el dejar satisfechos a un mismo tiempo a nuestros amigos y a la justicia!

EL CARDENAL COPIS

Bajo, a su vecino de mesa el cardenal de Fiesco.

¿No advertís en el Santo Padre una palidez extraña?

EL CARDENAL DE FIESCO

Lo mismo.

Precisamente iba a haceros advertir las facciones descompuestas del señor de Valentino.

EL CARDENAL ROMOLINO

Bajo, al cardenal Valentin.

Si hubiese podido excursarme, no habría venido. ¡Desconfío de esta clase de visitas!

EL PAPA

Cardenal Ramolino: desde el asunto del herético Savonarola no habéis cesado de darnos muestras de vuestra excelente amistad. Ya véis que lo he notado.

EL CARDENAL ROMOLINO

¡Santísimo Padre, mi afecto a vuestra persona es y será siempre sin límites!

EL CARDENAL SODERINI

Bajo, al cardenal Castelar.

El Papa está verdaderamente lívido esta noche.
¿Qué nos prepara? No quisiera estar aquí.

EL CARDENAL CASTELAR

Ni yo tampoco. Se ahoga uno en esta sala.

DON CÉSAR BORGIA

Siento molestias... No sé lo que tengo... Tengo que salir... En vano lucho... La cabeza me da vueltas... ¿Qué tenéis, Santísimo Padre?

EL PAPA

No sé... Creo que... ¡Ah, cómo sufro!

Cae por tierra. Los convidados se levantan espantados. Don César Borja quiere dar algunos pasos y rueda sobre el suelo. Tumulto en la sala.

EL PAPA

Al primer sumiller, que le levanta.

Escucha... Escucha... ¡Alejaos todos vosotros!
¿De dónde han cogido el vino que me han dado hace un momento?

EL SUMILLER

Era una de las botellas entregadas por Su Alteza el duque.

EL PAPA

¡En ese caso, mi hijo y yo estamos perdidos!

Se desmaya.

DON MICHELE

Entrando bruscamente.

¿Dicen que Su Alteza se encuentra mal?

Se acerca al duque.

¡Habládme, monseñor!

EL DUQUE

¡Acerca tu oído!...

Don Michele se arrodilla a su lado.

Estoy envenenado... El Papa también lo está... Haz que nos lleven al Vaticano... Todas mis tropas en pie de guerra... ¡Apodérate del fuerte Sant Angelo! ¡Salva el tesoro! ¡Si nos atacan, defiéndenos como un tigre! ¡Defiéndeme!

Pierde el conocimiento.

EL CARDENAL CORNETO

Monseñores: el Santo Padre se encuentra muy mal. ¡Es preciso pensar en la Iglesia... en la paz pública! Me vuelvo a Roma.

TODOS LOS CARDENALES

¡No nos separaremos! ¡Nos vamos con vos! ¡A vuestra casa! ¡Decidiremos lo que conviene hacer!

Salen todos.

DON MICHELE

A los criados y a los soldados.

¡Coged las primeras literas que encontréis! ¡De prisa! ¡Al Vaticano!... ¡Al primero que se mueva lo dejo seco!

LA PLAZA DEL PUEBLO

Gran concurrencia de gente, ciudadanos, mujeres, niños, boteros, mozos de cuerda, vagabundos. Gritos, tumulto. Están levantando barricadas en las esquinas de las calles.

LA MULTITUD

¡Ha muerto! ¡Que el diablo cargue con su alma! ¡El alma de Alejandro! ¡El Infierno se espanta de ella! ¡Quería envenenar a todos los cardenales! ¡Se ha envenenado a sí mismo! ¡Tampoco se ha olvidado de su hijo! ¡Bien hecho! ¿Han muerto? ¡Han muerto! ¡No! ¡Sí! ¡Esta noche los entierran! ¡El Valentino no ha muerto! ¡Os aseguro! ¡Vamos a desenterrarlos! ¡Al Tíber! ¡Al Tíber! ¡Echemos sus huesos al Tíber! ¡Nada de tierra santa para el Anticristo!

UNA BANDA NUEVA

Que llega corriendo.

¡A las armas! ¡La gente de los Borja rompen las puertas de las casas! ¡A las barricadas! ¡Defendámonos!

Trompetas, tambores, tiros de arcabuz.

UN HOMBRE

Exasperado.

¡Los Orsini saquean a los amigos de los Borja!
¡Acaban de degollar a una tropa de ellos!

LA MULTITUD

¡Bravo! ¡A sangre y fuego! ¡A saco!

Se oyen cañonazos.

¿Qué pasa?

Gritos en el otro extremo de la plaza.

¡El fuerte Santángelo tira sobre los Orsini!
¡A las armas! ¡Contra los Borja y los Barones!
¡Los españoles y los Colonna van a entrar y a saquearlo todo!

UNA VOZ

¡Aquí están los franceses! ¡No dan cuartel!

LA MULTITUD

¡A las barricadas! ¡Defendámonos! ¡Al agua el Papa!

Una compañía de soldados de los Borja se lanzan sobre el pueblo.

LA MULTITUD

¡Salvaos! ¡Sálvese quien pueda!

Descargas por ambas partes; muertos, heridos; el pueblo huye, se rehace en las calles y dispara de nuevo; confusión. El cañón continúa tronando.

UN PALACIO DE LOS ORSINI

Fabio Orsini, el conde Petigliano, Bartolomé Alviano; otros Orsini, todos armados.

FABIO

Michele acaba de incendiar nuestra casa de Monte-Giordano.

PETIGLIANO

¡No os preocupéis de esto, hermanos y primos míos! Su amo pagará todo a la vez. Doscientas corazas, mil ballesteros y piqueros: estas son nuestras fuerzas. Obremos sin tardanza. Próspero Colonna ha entrado con tropas aragonesas. Quiere deshacer al Valentino, es cierto; pero mientras esté ocupado en esto, también nos atacará a nosotros, no tengáis duda. Tenemos contra nosotros a los Borja, a los Colonna, a los cardenales, al pueblo, a los españoles... ¡Ganemos por la rapidez a nuestros enemigos!

EL ALVIANO

El Valentino nos ofrece devolvernos nuestras plazas si le damos cuartel por algunos días. Yo aceptaría, a pesar del incendio de nuestra casa, que más tarde vengaremos.

UN ORSINI

¡No! ¡Aplastemos al Borja y entendámonos con los otros!

FABIO

¡Con los Colonna es imposible, y con el pueblo, jamás! ¡Nada de unión con la chusma!

PETIGLIANO

¡Tratemos con el Borja! ¡Está perdido! ¡Algunos días de tregua no le salvarán! ¡Toda la Romaña está ya sublevada a la hora presente! De acuerdo con él haremos temblar a los cardenales; es lo esencial por el momento. ¿Quedamos en esto?

LOS ORSINI

¡De acuerdo!

PETIGLIANO

¡A las armas, pues! ¡Bajemos a la calle!

Se ajusta su casco; salen todos, haciendo sonar sus armaduras y sus espadas.

LA CASA DEL CARDENAL CORNETO

Una gran sala pintada. Reunión de cardenales; oficiales de todas clases, secretarios, monjes.

EL CARDENAL COPIS

¡Todavía no he recobrado el ánimo! ¡Esos monstruos pretendían envenenarnos y se han aniquilado a sí mismos!

EL CARDENAL DE FIESCO

Aseguran que César no ha muerto. Se ha hecho mantener una hora en agua helada, donde sus agudos sufrimientos le causaban dolores atroces. Hasta se dice que los médicos han abierto las entrañas de dos mulas vivas y lo han metido por completo en esta horrible tumba, esperando que con ello recobraría fuerzas.

EL CARDENAL CASTELAR

Creo que Michele no se atrevería a cometer tantas violencias si no contara con la curación de César.

EL CARDENAL CORNETO

¡Sin embargo, Alejandro está muerto, y bien muerto! ¡Es horrible! ¡Unos mozos de cordel le han puesto en la caja y han metido a puntapiés su cuerpo, hinchado por el veneno, y que se caía a pedazos! ¡Los soldados insultaban a los sacerdotes que querían rezar! ¡Es monstruoso!

EL CARDENAL SODERINI

Monseñores, monseñores: no estamos aquí reunidos para razonar, sino para salvar a esta desdichada Roma. ¡Todos los demonios que poseían a Alejandro parecen no haberse escapado de su cadáver más que para desencadenarse contra nosotros con más facilidad! ¡Asesinatos, saqueos, incendios, crímenes, infamias, nada falta! Y nosotros, que representamos en este momento la única autoridad legítima, ¿no decimos nada? ¿Vamos a pasar nuestro tiempo conversando, temblando, llorando? ¡Vamos! ¿Qué ordenáis? ¡Os lo conjuro! ¡Abrid vuestros espíritus, afirmad vuestros corazones! ¡Que una resolución viril salga

de vuestras cabezas como una Minerva armada!
¡Dadnos una égida para cubrir la ciudad y el mundo!

EL CARDENAL VALENTIN

¡Es preciso levantar inmediatamente tropas y oponerlas a las facciones!

EL CARDENAL CASANOVA

Adopto este parecer, y si el Sacro Colegio quiere encargarme de ello confío tener un rápido resultado. Muchos de los capitanes presentes en Roma aceptarán mis proposiciones.

TODOS

¡Bien dicho! ¡Obrad!

EL CARDENAL CASANOVA

Corro a cumplir esta misión. ¡Contad con mi celo!

Sale con su séquito.

EL CARDENAL ROMOLINO

Llamemos inmediatamente a los embajadores. De otro modo, los Colonna van a entenderse con España y los Orsini con Francia; los venecianos intrigarán en la Romaña y los florentinos prepararán dificultades insolubles con el populacho. Intimando inmediatamente a los príncipes cristianos que apoyen nuestra autoridad, la única legí-

tima, porque nosotros somos el futuro cónclave, los ponemos en la imposibilidad de hacer daño. Además, el Emperador estará por nosotros.

Asentimiento general.

EL CARDENAL VALENTIN

En esta premura, yo, previendo la opinión de nuestro venerable hermano, he invitado a los embajadores a presentarse aquí. Me advierten que esperan vuestras órdenes.

TODOS

¡Que entren! ¡Que entren!

Entran los embajadores de Francia, de España, del Imperio, de Venecia, de Florencia, de Milán, de las Ligas suizas. Gran tumulto bajo las ventanas. Continúan los tiros de arcabuz. Se oye el cañón del Vaticano y del fuerte Santángelo.

EL CARDENAL CORNETO

Señores embajadores: sed bienvenidos. ¡La Iglesia de Cristo tiene necesidad de sus hijos! Os llamamos para reclamaros el apoyo debido por los príncipes cristianos a su Santa Madre. Las circunstancias son urgentes. ¿Qué nos respondéis?

EL EMBAJADOR DE FRANCIA

Señores cardenales: ante todo, mi deber me obliga a protestar solemnemente contra un ultraje.

LOS CARDENALES

¿Un ultraje? ¿De nuestra parte?

EL EMBAJADOR DE ESPAÑA

Restableceré la verdad.

EL EMBAJADOR DE FRANCIA

Si yo estuviese aquí como particular, vuestra gracia no se serviría dos veces de semejante expresión. Pero el honor de mi señor pasa por delante del mío. Escuchad lo que acaba de suceder: no quiero disimular mi indignación.

EL CARDENAL CORNETO

Señor embajador: la ciudad está ardiendo, la sedición se extiende. ¿No podríais aplazar vuestras quejas hasta un momento más conveniente?

EL EMBAJADOR DE FRANCIA

Si no se me escucha, me marchó. He llegado a la puerta de este palacio antes que el señor embajador de España. Sus gentileshombres se han arrojado sobre los míos, y mientras sacaban las espadas, el señor embajador ha pasado antes que yo, tomando la delantera. ¡Esto es lo ocurrido! ¿Cómo, monseñores, tiene derecho un príncipe de Aragón a ir delante del rey cristianísimo? Cuando

se trata de acercarse a vosotros, ¿debe el hijo predilecto de la Iglesia marchar detrás de los otros? ¡Pido al momento una reparación sonada!

Entran los cardenales Julián de la Róvere y Piccolómini.

EL EMBAJADOR DEL IMPERIO

Es por lo menos extraño que delante de mí otras Coronas pretendan la preferencia.

EL EMBAJADOR DE FRANCIA

Malhumorado.

¿Qué decís vos, señor?

EL EMBAJADOR DE ESPAÑA

Echando mano a la espada.

Yo no tengo más que una manera de hablar y una manera de responder.

EL CARDENAL DE LA RÓVERE

¿Y es esto, señores, lo que teníais que decir al Sacro Colegio? En el momento que la ciudad santa es presa de los sediciosos; cuando desde aquí oís el cañón, los arcabuzazos, las blasfemias, y por estas ventanas, sí, por estas ventanas, el resplandor del incendio se ofrece a nuestros ojos indignados, en lugar de venir en nuestra ayuda nos presentáis la triste competencia de vuestras vanidades. ¡Por las llagas y la muerte de Jesús,

mi Salvador, os estáis burlando de nosotros, señor embajador de Francia!

EL EMBAJADOR DE FRANCIA

¡Señor Julián de la Róvere, no os consiento ese tono, y no hay capelo rojo que pueda salvar de mis manos a un insolente!

EL CARDENAL DE LA RÓVERE

Marchando recto hacia él.

¡Leed esta carta, leed esta orden, y bajad la frente! ¡Bajadla, señor, más bajo, completamente bajo, y obedecedme! ¡Nuestro venerable hermano el cardenal de Amboise, el ministro reverenciado del rey, vuestro señor, os escribe esto! ¿No reconocéis la firma y el sello? ¡Pues bien, leed! ¡Os ordena poner inmediatamente las tropas a la disposición del conclave, y el conclave os ordena que las hagáis salir de la ciudad!

EL EMBAJADOR DE FRANCIA

Señor cardenal: no es menos cierto que...

EL CARDENAL DE LA RÓVERE

Bajo, al oído.

Tendréis una reparación completa cuando el momento sea más oportuno.

EL EMBAJADOR DE FRANCIA

Todas las dificultades quedan allanadas. Nuestras compañías francesas abandonarán la plaza... pues que así lo deseáis. Añadiré, sin embargo, que el duque de Valentino se ofrece para defender vuestra autoridad.

VARIOS CARDENALES

¿Es que no ha muerto?

EL CARDENAL PICCOLOMINI

Está muy enfermo; pero todo indica que manda en su cuerpo, como ha mandado siempre en la voluntad de los demás. No soy de parecer que se acepten sus proposiciones.

EL CARDENAL COPIS

¡Tened cuidado! Acaba de reconciliarse con los Orsini. No conviene tratar como enemigos a esas gentes poderosas que se ofrecen a ayudarnos.

EL EMBAJADOR DE FRANCIA

Yo aconsejaría que no se enemistasen con el señor de Valentino. Tiene mucho ingenio, tiene las posiciones más fuertes; su artillería es numerosa y sus arcas rebosan oro.

EL EMBAJADOR DE ESPAÑA

Si se hace un acuerdo con el señor de Valentino, demando, en nombre del rey católico, que se admita lo mismo a nuestras tropas y a nuestros aliados, entre otros a don Próspero Colonna y a todos los de su casa.

EL EMBAJADOR DE FRANCIA

¡Entonces es admitir la anarquía!

EL EMBAJADOR DE ESPAÑA

¡Me parece que está mejor representada por vos que por nosotros!

EL CARDENAL DE LA RÓVERE

He aquí la decisión del Sacro Colegio. El conclave va a reunirse lo más rápidamente posible para cubrir la vacante del trono. ¡Jamás la presencia de un soberano pontífice fué más de desear que en esta crisis terrible, donde las almas y los cuerpos están igualmente en peligro! ¡No conviene que una asamblea tan augusta se celebre en medio del estruendo de las armas! ¡No, señores, no! ¡Esto no conviene, esto no será! Franceses, aragoneses, Colonna, Orsini, todo el que tenga una espada en la mano saldrá; el señor de Valentino saldrá como los demás. ¡No quedarán aquí más que las tropas pontificias!

EL EMBAJADOR DE FRANCIA

Señor cardenal: me cuesta trabajo creer que el rey, mi señor, apruebe semejantes medidas.

EL CARDENAL DE LA RÓVERE

Mi corazón está aún exaltado por los nobles sentimientos que acaba de expresarme vuestro venerable hermano de Amboise. "Cardenal de la Róvere, me ha dicho este verdadero grande hombre, sentiría vergüenza, yo, príncipe de la Iglesia romana, si pareciese en lo más mínimo que pretendo violentar el cónclave. ¡El cónclave debe ser libre en su elección! ¡El ejército del rey cristianísimo se alejará de los muros de Roma!" ¡Tales son las palabras mismas de este genio admirable! ¡Vosotros, monseñores, tendréis en cuenta tanta magnanimidad, y yo no dudo que el Espíritu Santo os dicte lo que será preciso hacer para recompensar tantas virtudes!

Los embajadores de Venecia y Florencia se miran muy asombrados.

LOS CARDENALES

¡De seguro, de seguro! ¡Es un hermoso rasgo!

EL CARDENAL CASANOVA

Bajo, al cardenal Ramolino.

¡Qué buena diablura acaba de hacer Julián! ¡Ya estamos libres del Papa francés!

EL CARDENAL ROMOLINO

Del mismo modo.

¡Yo temblaba de que no lo pudiese hacer! ¿Pensáis votar por Julián?

EL CARDENAL CASANOVA

¡Nunca! Es demasiado socarrón y demasiado duro. Lo que nos hace falta es un individuo insignificante.

EL CARDENAL ROMOLINO

¿Qué pensaréis del viejo Piccólomini?

EL CARDENAL CASANOVA

No está mal. Ya hablaremos de esto. Escuchemos lo que dicen.

EL CARDENAL DE LA RÓVERE

Un secretario de los Breves visitará al duque de Valentino para invitarle a que se retire. Y vos, señor embajador de España, ¿qué decidís?

EL EMBAJADOR DE ESPAÑA

Puesto que los franceses abandonan la plaza, y como el rey, mi señor, no cede a nadie en respeto al cónclave, nuestras tropas y nuestros aliados se alejarán igualmente.

EL CARDENAL DE LA RÓVERE

Daréis las gracias al rey en nuestro nombre.

Bajo, al embajador de Francia.

¡Escribid inmediatamente a Su Santidad!...
¡Perdón! ¿Me equivoco? ¡Quiero decir al reveren-
dísimo cardenal de Amboise, que, gracias a su
hábil moderación, su elección al trono pontificio es
cosa concluída!

EL EMBAJADOR DE FRANCIA

¡Todo esto me confunde!

EL VATICANO

Una cámara cuyas cortinas están echadas. Don César Borja, acostado, enflaquecido, deshecho. Don Michele.

DON CÉSAR BORJA

Acércate... No puedo hablar alto... ¿Qué has hecho?

DON MICHELE

Hemos quedado dueños, y bien dueños, del barrio. Vuestros hombres son firmes y fieles. Los he comprometido con el saqueo de algunas casas. Saben que si se desbandan serán exterminados.

DON CÉSAR

¡Por el Infierno! ¡Cómo sufro!

DON MICHELE

Los cardenales os mandan a decir que abandonéis la ciudad dentro de tres días. Los franceses han partido.

DON CÉSAR

¿De suerte que el cardenal de Amboise renuncia a ser Papa?

DON MICHELE

Julián de la Róvere le ha persuadido de que lo sería más gloriosamente dejando al cónclave toda su libertad.

DON CÉSAR

Había olvidado que entre los franceses la vanagloria ahoga la gloria.

DON MICHELE

Ya veréis que don Julián va a hacer que lo elijan.

DON CÉSAR

Lo dudo. Temen demasiado su talento y su violencia. No tengo medios para mantenerme aquí. Cedamos de buen grado, mientras que aún podemos negociar. Pide a los cardenales que me dejen partir con mi artillería, mis tropas, mis baúles, y bajo la garantía de que no seré atacado.

DON MICHELE

¡Mal negocio!

DON CÉSAR

Si estuviese de pie, obraría de otro modo. Por el momento, no tengo otra preocupación que ganar tiempo.

DON MICHELE

¿Así es que no os desanimáis?

DON CÉSAR

¡Mientras que exista, el mundo me pertenece!
¡Le tengo puesto el pie encima!

FLORENCIA

El convento y el hospital de los Tintori, en Sant-Onofrio. Un gran taller; mármoles, unos en boceto, otros acabados y otros aún en bruto; bancos, escabeles. Miguel Angel Buonarrotti, muy ocupado en trabajar en vasto cartón. Tocan a la puerta. Miguel Angel mira por un ventanillo, da vuelta a la llave y abre.

MIGUEL ÁNGEL

Tú puedes entrar.

FRANCESCO GRANACCI

Vengo del palacio; tu gloria es completa.

MIGUEL ÁNGEL

Volviéndose a poner a su trabajo. Le abraza.

Cuéntame lo que ha pasado.

GRANACCI

¡Tu gloria es completa, te lo aseguro! Todos los maestros que están en Florencia se extasían,

maravillados, ante tu obra. ¡Ah, el cartón de la guerra de Pisa es una obra inmortal! ¡Nadie lo discute! ¡No se cansan de considerar ese prodigio! ¡Y los que lo copian descubren mil bellezas, que los admiradores vulgares no sospecharán jamás!

MIGUEL ÁNGEL

He trabajado lo mejor que he podido.

GRANACCI

¡Tú harás, sin embargo, cosas más grandes aún!... Es apenas creíble; pero yo lo creo.

MIGUEL ÁNGEL

Haré lo que la santa bondad de mi Creador ha puesto en mí que pueda hacer. Lo mismo que he trabajado hasta hoy, continuaré trabajando. De que esta obra haya encontrado la aprobación que merece, estoy conmovido hasta el fondo del alma. ¡Pero si no debiese ejecutar algo mejor, preferiría morirme, porque tengo muchas cosas que decir! ¿Cuáles son los maestros que has visto delante de mi dibujo y que lo han alabado?

GRANACCI

Ante todo, Vinci; ha venido con todos sus discípulos. Se ha extendido en elogios infinitos.

MIGUEL ÁNGEL

Es el hombre más falso que conozco, y en punto a cortesía charlatanesca no se le podría enseñar nada nuevo. Todas sus palabras son melifluas... como su pintura. El maestro Leonardo lleva en sí un alma refinada, pero no franca y fuerte... Me detesta... Y yo le pago con la misma moneda. Es, sin embargo, un gran pintor. Y después de él, ¿quién ha venido?

GRANACCI

Ridolfo Ghirlandaio.

MIGUEL ÁNGEL

¡Ese, ése sí que es un amigo! ¡Que el Cielo le bendiga! ¡Es digno hijo de su padre! ¡Debo mucha gratitud a Doménico! ¡Que el Cielo me abandone si alguna vez llego a desconocerlo!

GRANACCI

Además he visto en la multitud a Baccio Bandinelli, a Berruguete, a Andrea del Sarto...

MIGUEL ÁNGEL

Levantando vivamente la cabeza.

¿Y qué, qué ha dicho ése?

GRANACCI

¡Ah! Ese... oyendo decir a algunos ignorantes que un escorzo era demasiado duro o una nariz demasiado larga, les miró fríamente, cogió un es-cabel, se sentó, y colocando delante un cartón co-menzó a copiar.

Miguel Angel se muerde el la-bio, se santigua y continúa trabajando.

Y lo mismo ha hecho el Sanzio.

MIGUEL ÁNGEL

Ese... ese... ese Rafael... ese jovencito... ¡no es un hijo de Dios! No me gusta mucho, Granacci... Sin embargo, no quisiera decir... a la verdad, lo que busca; no quiero y... no importa. ¡No hablaré mal de él!

Vuelve a trabajar.

GRANACCI

En cuanto a mí, desde mañana principiaré a hacer lo mismo que Andrea del Sarto y el que tú llamas jovencito. No me quedaré contento hasta que no haya terminado una copia completa de la obra maestra.

MIGUEL ÁNGEL

Es preciso también que intentes algo por ti mismo.

GRANACCI

¡Oh! Yo haré lo mismo que hasta ahora: decoraciones para las fiestas; es mi papel. No tengo genio, bien lo sé. Amo la belleza; eso es todo, y me resulta mejor ser un enamorado que un pintor.

MIGUEL ÁNGEL

Irritado.

¡Así son todos! ¡Qué perros rastreros los hombres! Si es que de todas maneras necesitas una esclavitud, coge al menos otras más dignas; pero cuando una miserable mujer te haya mentido, te haya engañado, te haya vendido y, por último, arrojado en un rincón, con el corazón sangrante... ¡Por Dios, me das vergüenza!

GRANACCI

Aunque no hubiese más que besos en el amor, esto sólo valdría la pena.

MIGUEL ÁNGEL

Si eres mi amigo, no me digas esas cosas; ya sabes que no las soporto.

GRANACCI

Pero, en serio, ¿qué quieres que yo intente? Me paro delante de tus obras. ¡Por ejemplo... delante de la *Piedad!* ¡Pues bien! me quedo mudo

de estupor; tú piensas lo que yo no pensaré nunca; tú percibes claramente, tú contemplas lo que me estará siempre velado; tú imaginas lo que yo no podría concebir, y yo me siento tan pequeño, tan débil, tan inhábil al lado de lo que tú sabes concebir y producir, que el desaliento me domina y no tengo ya ganas de ensayar nada.

MIGUEL ÁNGEL

¿Estás celoso de mí?

GRANACCI

¡De ningún modo!

MIGUEL ÁNGEL

¡Eso es lo malo! ¡Cómo! Tú, un artista, te colocas delante de la obra de otro, la admiras y ¿no estás celoso? ¿Tú no te desgarras con rabia el pecho y no maldices el día en que ese enemigo ha encontrado y cogido lo que te pertenece? ¿Tú eres un artista y amas tan débilmente a la Musa que la ves conceder sus favores a otro, sin sentirte transportado de indignación y de furor? Pero ¿qué miel, qué leche, qué insípido licor azucarado corre por tus venas en lugar de sangre? ¿Es que no sabes que es con el furor, la cólera, la furia, la vehemencia, como se escala el cielo? ¡No es cosa para sonreír! No te digo que me persigas con la daga en la mano; pero encontraría concebible que

me detestases, y esto haría que yo te quisiese más. Endurécete, hazte un hombre; yo te enseñaré todo lo que sé, te mostraré todo lo que puedo. ¡Vamos, Granacci, entrégate a cualquier resolución fogosa! ¡Siéntate ahí! ¡Trabaja! ¡Sólo el trabajo y la embriaguez de crear dan sabor a la vida! ¡Por sí misma no vale nada!

GRANACCI

Haré lo que quieras, salvo estar celoso de ti. No podría contener la risa ante mí mismo. ¿Sabes las noticias que hay?

MIGUEL ÁNGEL

No me interesan nada las noticias.

GRANACCI

Han elegido un nuevo Papa, el Piccólomini. Se llama ahora Pío III.

MIGUEL ÁNGEL

Puesto que es Papa, preciso es respetarlo.

GRANACCI

Se dice que César Borja...

MIGUEL ÁNGEL

No me preocupan ni los Borja, ni los Sforza, ni nadie. Yo soy un artista, y no veo en el mundo

más que mi trabajo y, sobre todo, la Santa Religión. No investigo por qué Dios Nuestro Señor, ¡bendito sea su nombre!, ha puesto sobre la Tierra tantos príncipes, capitanes y potestades que se comen los unos a los otros. No deberían tener otra ocupación que hacer acciones virtuosas, castigar el vicio y proteger las artes. Pero hacen lo contrario... Dios debería suprimirlos. Verdad es que entonces se caería en manos del populacho, la bestia más inmundada que jamás se ha manchado sobre el suelo. ¿Has notado alguna vez que un hombre salido de la nada haya llegado a ser un buen artista?

GRANACCI

No había pensado en ello.

MIGUEL ÁNGEL

Si mi familia no hubiese salido de los condes de Canosa, yo no sería lo que soy, y quisiera que se prohibiese, bajo pena de muerte, a esos advenedizos la osadía de poner alguna vez su dedo sobre el pincel o sobre un lápiz. ¡Créeme, el mundo es horrible! Yo me pierdo en la amargura de mis pensamientos cuando me paro a considerarlo... El día declina; ya no se ve claro. Vamos a pasearnos a orillas del agua, y pasaremos después la velada leyendo al Dante.

N Á P O L E S

El palacio del virrey. Una sala muy adornada de pinturas y de dorados. Delante de una mesa, cubierta de terciopelo rojo con franjas de oro, y sentados en sillones de brocado, con asientos esculpidos, el virrey, don Gonzalo de Córdoba, y don César Borja, uno frente al otro. Se estrechan las manos.

DON CÉSAR BORJA

Pongo toda mi confianza en Vuestra Excelencia.

DON GONZALO

Está bien colocada.

DON CÉSAR

Sois un gran capitán, la gloria de este siglo. El honor de vuestro nombre me garantiza de vuestra sinceridad.

DON GONZALO

Me hacéis justicia.

DON CÉSAR

En estos últimos tiempos no he hallado más que procedimientos infames. Había consentido en ceder a los cardenales del cónclave el Vaticano y el fuerte Santángelo, que me hacían dueño de Roma, y he dado pruebas así de una moderación tan manifiesta que mis amigos no podrían negarla. Sí, don Gonzalo; salí de Roma sólo por mi propia voluntad. Después de esta acción generosa, las promesas que se me hicieron no han sido cumplidas. El cardenal de Amboise se ha conducido además como un tonto alejando su ejército ante las bellas frases de Julián de la Róvere. Y éste no ha tenido inconveniente en hacer que eligiesen a Piccólomini, que no ha vivido más que veintidós días, e inmediatamente ha tomado la tiara para sí mismo; vos y yo tenemos el enemigo más encarnizado en este ambicioso, violento, falso, pérfido y rapaz Julio II. Por las intrigas de este hombre se ha insurreccionado mi pueblo de la Romaña; los venecianos me han quitado mis mejores plazas; la fortuna de las armas me ha traicionado; me han preso, me han soltado. Los franceses se han conducido indignamente conmigo. Los he servido demasiado bien y durante demasiado tiempo. Hoy me pongo a vuestra disposición, a la del rey vuestro señor, y debéis contar conmigo como yo cuento con vosotros. ¿Tengo motivo para pensarlo así?

DON GONZALO

Suplico a Vuestra Alteza que esté convencido de ello. Además, tenéis mi palabra, don César.

DON CÉSAR

¡Esta seguridad me es muy dulce y me consuela de tantos desengaños! Os lo repito: sólo deseo serviros bien, y puesto que me confiáis tropas para obrar en Toscana a favor de los Médicis, no debéis dudar de que no ponga en el asunto mi poder todo, no teniendo en cuenta en adelante más que los intereses del rey católico.

DON GONZALO

Os agradezco de todo corazón el celo que mostráis.

DON CÉSAR

Mi intención es embarcarme hoy mismo en las galeras de Su Majestad que están en el puerto, y me despido de vos.

DON GONZALO

Id con Dios, Alteza, y que su omnipotencia os guíe.

DON CÉSAR

Doy otra vez las gracias a Vuestra Excelencia por haber sido para mí un amigo en el exceso de mis desgracias.

Se levanta.

Consideradme, os lo ruego, don Gonzalo, como vuestro servidor más apasionado.

DON GONZALO

Abrazándole.

Es un honor que me conmueve profundamente.

DON CÉSAR

Que Dios guarde a Vuestra Excelencia.

La sala de espera que precede al gabinete del virrey. En el momento en que don César sale de ver a don Gonzalo, los cortesanos, los oficiales, los solicitantes, que llenan la estancia, se levantan y se descubren.

DON NUÑO CAMPECIO

Capitán de la guardia del virrey, a don César.

¡Monseñor: os detengo en nombre de Su Majestad!

DON CÉSAR

Retrocediendo.

¿Qué significa?... ¡Soy amigo del virrey!... ¡Tengo su palabra!

DON NUÑO CAMPECIO

¡Ved aquí su orden! ¡Leed!

DON CÉSAR

Mirando el pergamino.

¡Es una perfidia infernal!

DON NUÑO CAMPECIO

Vois sois entendido en la materia. ¡Vuestra espada!

DON CÉSAR

Echando una mirada a su alrededor, y no viendo más que españoles.

¡Jamás se ha cometido una infamia semejante!

DON NUÑO CAMPECIO

Excepto en Sinigaglia. ¡Vuestra espada os digo! ¡Alteza! ¡Es menester tomárosla?

Don César arroja su espada por tierra; la recogen. Unos soldados se llevan al duque.

UN CORTESANO

A un personaje vestido de negro, que escribe atentamente sobre su rodilla.

¿Qué estáis haciendo, señor Sannazaro? ¿Acaso esta escena os ha puesto en vena poética?

SANNAZARO

Considerando a este gran culpable, he recordado su divisa: *Aut Caesar aut nihil*, y acabo de componer este dístico.

LOS CORTESANOS

¡Veamos! ¡Veamos!

SANNAZARO

Leyendo.

*Omnia vincebas, sperabas omnia, Caesar
Omnia deficiunt, incipis esse nihil.*

LOS CORTESANOS

¡Admirable! ¡Admirable! ¡Qué ingenio!

R O M A

El palacio de Borja. Doña María Enríquez, viuda de Juan Borja, duque de Gandía; su hija, doña Isabel Borja; un dominico.

EL DOMINICO

Sí, señora duquesa, e inmediatamente el virrey don Gonzalo de Córdoba le ha hecho embarcar sobre las galeras de Su Majestad, enviándolo a España, donde se asegura que si no lo matan será condenado a una prisión que acabará con su vida.

LA DUQUESA

¡Que Dios le perdone!, le perdone sus crímenes... No hay uno en la triste naturaleza humana con el que no esté manchado... Jamás le he conocido ni un titubeo en el mal ni una tentación de arrepentimiento. No ha sentido siquiera hasta este momento la única virtud del Infierno: la certidumbre de que Dios prevalece. ¡Ay! Padre mío, yo os lo pregunto... Antes de estar en el claustro habéis conocido la vida... No es una san-

gre vulgar la que corre en vuestras venas... Yo os lo pregunto: ¿qué hace sobre la Tierra una familia como la nuestra? ¡Mancharla! Ha salido del crimen, ha sido empujada por el crimen, se ha revolcado en el crimen, llevada por las ondas más furiosas, más espumantes, más fangosas del crimen, y ¡hela aquí derribada por tierra! ¿Dónde están nuestras prosperidades insolentes? ¡En ninguna parte! ¡Todo está en escombros! ¡Se acabaron las músicas, los triunfos, las blasfemias!... Ahora servimos de espectáculo a las multitudes; ¿es que nuestro ejemplo es un motivo de edificación?

EL MONJE

Sí, señora, aunque de manera distinta de la que penséis.

DOÑA ISABEL BORJA

Señora, y vos, padre mío, dejadme explicaros lo que siento. A la verdad, no tengo más que dieciséis años, y debería escucharos sin decir nada, con la humildad conveniente; pero tengo necesidad de someter a vuestro parecer lo que siento en este día en que acabamos de saber tan espantosos acontecimientos. Mi tío don César ordenó la muerte de mi padre... Lo que por otra parte haya hecho no lo sé, ni tengo ninguna gana de saberlo. Me basta advertir bajo una sombra lúgubre una aureola rojiza y fúnebre que parece emanar de su nombre. No sé cómo explicaros, y, sin embar-

go, lo deseo, el sentimiento que este espectáculo me inspira... Os digo este espectáculo porque lo veo claramente, y la impresión que me produce y las lágrimas constantes de mi madre, todo esto no me turba como debería turbarme acaso. Mi razón me lleva a estar penetrada de tristeza. Pero no lo estoy. El único efecto producido en mí por estas miserias es desprenderme totalmente, pero sin odio, sin desprecio, sin irritación, de este mundo, donde se cometen tales cosas y donde el aspecto de los castigos y la experiencia constante de la fragilidad de las victorias alcanzadas por el mal no pueden detener este mal y llevarle a reflexionar. ¡No odio al mundo! ¡No me espanta! ¡No es nada para mí! No me pongo en contacto con él por ningún lado, no sé si me rodea; pero no ejerce ningún poder sobre mí, y cuando pienso en él recibo como una impresión de alegría muy pura, porque comprendo que no tengo nada de común ni con lo que él ama ni con lo que quiere.

LA DUQUESA

Y, sin embargo, somos de los peores hijos de ese mal; nuestra carne le pertenece y él hunde en ella a cada instante sus espinas.

EL MONJE

De esta suerte, la una y la otra sacáis de los mismos objetos un alimento muy diferente. Vos, señora, los golpes de la malignidad han caído so-

bre vos y han dejado, en huellas imborrables, el espanto y el dolor. Vos, doña Isabel, habéis oído contar, pero por vos misma no lo habéis sentido. Sólo el eco de la malignidad ha obrado sobre vos. He aquí cómo las acciones de los hombres en su debilidad no se apoderan más que de un círculo estrecho; no duran más que el tiempo de un relámpago, dejando una vibración que gradualmente se debilita y desaparece. Sus estragos no van muy lejos, y lo que después de ella queda... lo que queda es... ¿lo sabéis?... ¡El eterno esplendor de la vida! ¡Esta claridad no hay exceso satánico que jamás consiga extinguirla! Aquí estáis las dos, la una abatida en su renunciamiento, la otra alegre en su desinterés; ambas, en suma, marchando con paso igual hacia la inmutable región del bien y de la verdad.

LA DUQUESA

¿Nosotras, nosotras dos? ¡Olvidáis de qué espantosa caverna acabamos de salir!

EL MONJE

Y ese es el misterio más maravilloso del universo, el eje mismo de su existencia. ¡La triaca es el extracto del veneno de la víbora, y sobre el terreno abonado por materias inmundas se eleva la cabeza exquisita de las flores más raras! Para mí, para todo ese pueblo de Roma que desde

tantos años os contempla, os admira, os venera, ¿creéis que vuestra sola presencia no sea un beneficio? Experimentando las impresiones tan diversas que produce el nombre que lleváis, ¿desconoceréis la intención de una Providencia? Y cuando se grita con rabia y horror: “¡César Borja!”, ¿es indiferente que se añada con ternura: “María e Isabel Borja”? ¡Ah, señora! ¡Ah, hija mía! ¡No faltan locos que viendo a Alejandro VI con una tiara en la cabeza y a Savonarola llevado al suplicio griten que no existe Dios! Si yo les respondiese, yo, cuando os contemplo: “¡No! Lo que no existe es el mal!”, ¿mi razonamiento no equivaldría al suyo?... Existe el mal, existe el bien, y el bien prevalece; no produce tanto ruido, no se pavonea, no presume, no chilla, no se empina para ocupar los primeros puestos; pero está presente, obra, y la mano que en último lugar cubrirá la obra de los siete días ¡será la suya!

DOÑA ISABEL

Poniéndose de rodillas ante su madre.

¡No lloréis, señora! ¡Señora, os lo suplico, no mováis la cabeza! ¡El padre dice verdad! ¡Estoy muy triste de veros tan apenada!... Sin embargo, os lo confieso, ¡tengo el Cielo en el corazón... Dios es tan grande! Creedme... ¡El mal... es tan poca cosa!

LA DUQUESA

Secándose los ojos.

Tenemos que rezar por ese desgraciado; repartiremos en su nombre abundantes limosnas.

DOÑA ISABEL

Besa a su madre y se desata su collar.

Yo daré todas mis joyas.

EL MONJE

Dad, hijas mías. Lo que veo contrapesa, y con creces, todos los crímenes del culpable.

EN ESPAÑA

Viana

Las tropas navarras están sitiando a la ciudad. Es de noche; nieva, llueve. En el ángulo de la trinchera, hacia la plaza, un centinela; el cielo está tan oscuro que apenas se le ve.

Un alférez, con algunos soldados, releva a los puestos.

EL ALFÉREZ

¿Hemos acabado?

UN CABO

Queda todavía un centinela. Ahí abajo está.

EL ALFÉREZ

¡Diablo de noche! No veo nada. Hace un frío de lobo. Avancemos.

EL CENTINELA

¿Quién vive?

EL ALFÉREZ

¡Navarros!... ¡Alto!... ¡El santo y seña!... ¡Santiago!

EL CENTINELA

¡Y Pamplona!... ¡No me reconocéis, don Michele!

EL ALFÉREZ

¡Qué voz!... ¿Es posible?... ¡Cabo, trae la linterna! ¿Sois vos, monseñor?

EL CENTINELA

Aquí está César Borja.

EL ALFÉREZ

¡Qué bajo hemos caído!... ¡Y yo que os mando!... ¡Qué miseria!

EL CENTINELA

{ ¡Mientras uno existe, se marcha y se puede volver a subir!

EL ALFÉREZ

¿No estáis desalentado?

EL CENTINELA

¡Rabioso!... Me han abierto la cárcel por considerarme inofensivo. ¡Cómo se engañan!... Francia me ha abandonado y despojado... Italia se vanagloria de creerme muerto!... ¡Ah! ¡Santa venganza!

EL ALFÉREZ

Por mi parte, no pienso en ello. No pido más que ganarme el pan y comérmelo sin ruido. Haced lo mismo; creedme: estamos vencidos.

EL CENTINELA

¡Corazón cobarde! Mientras aliente mi cuerpo alentaré de odio y de apetito.

EL ALFÉREZ

¡Que os aproveche! Acabaréis por romperos los últimos dientes... Mientras tanto, os relevo; venid a calentaros. Ya amanece; el enemigo vuelve a tirar sobre nosotros.

Una bala de falconete, lanzada de un bastión, alcanza al centinela de lleno en el cuerpo.

¡Dios mío!... ¡Ha caído por tierra!... ¡Don César!... ¡Está muerto!... ¡Aplastado en el barro como un gusano, él que era el más orgulloso de los demonios!... ¡Mil millones de diablos!... ¡No permanezcamos aquí! Vamos a calentarnos.

El alférez y los soldados se alejan; unos mozos del ejército se arrojan sobre el cuerpo del centinela, le dejan desnudo y le arrojan al foso.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

SI NO CONOCE LA
ENCICLOPEDIA ESPASA

ignora el esfuerzo más gigantesco realiza-
do por la industria editorial del mundo

**TRIPLE NÚMERO DE VOCES QUE
LOS MÁS EXTENSOS DICCIONARIOS**

30.000 biografías inéditas

155 millones de palabras

150.000 ilustraciones

8 millones de voces

**No hay enciclopedia alguna en el mundo que la iguale
en modernidad, extensión ni belleza**

ESTA ADMIRABLE OBRA

figura en la biblioteca particular de S. S.; en la de
S. M. el Rey D. Alfonso XIII; en la de todos los Pre-
sidentes de las Repúblicas hispanoamericanas; en las
de Soberanos y Jefes de Estado de Europa; en las de
los Ministerios, Diputaciones, Universidades, Insti-
tutos, Escuelas, etc.

**Puede adquirirse a plazos en condiciones asequibles a
todas las fortunas**

Pida el álbum descriptivo y las condiciones de adqui-
sición, que se remiten gratis, en su librería o en

ESPASA - CALPE, S. A.

OBRA MONUMENTAL
MODERNA - CIENTIFICA

NUEVA GEOGRAFIA UNIVERSAL

DE

Ernesto Granger, J. Dantín Cereceda
J. Izquierdo Croselles

La *Nueva Geografía Universal* comprende varios millares de páginas de tipografía notablemente nítida, que facilita la busca de asuntos

Varios millares de ilustraciones fotográficas, pintorescas a la vez que demostrativas, de los países, los monumentos, los habitantes y las costumbres

Varios centenares de mapas en color y en negro (comerciales, industriales, agrícolas, económicos, políticos, físicos, e c.), y de cuadros estadísticos (productos, cultivos, riquezas del suelo y del subsuelo, medios de comunicación, etc.).

La obra es publicada en 30 fascículos, formato grande, en 4° (tamaño 23 × 31 centímetros), impresa en papel de lujo, al precio de 4,50 pesetas el fascículo, que formarán tres magníficos y fuertes volúmenes, o sea pesetas 45 en rústica y 50 en tela, cada uno; en total, pesetas 135 y 150, respectivamente, la obra completa

PIDA FOLLETOS A SU LIBRERO O A
ESPASA - CALPE, S. A

LOS DICCIONARIOS OFICIALES DEL IDIOMA ESPAÑOL

LA REAL ACADEMIA

ACABA DE PUBLICAR

LA XV EDICIÓN DEL

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

EDICIÓN IMPORTANTÍSIMA

Doble en tamaño que las anteriores -:- Admite por primera vez 13.000 palabras nuevas -:- Altera muchas ortografías y etimologías

Rústica, 40 ptas. Pasta española, 48,50 ptas. Gastos de envío por correo, 1,50 ptas.

DICCIONARIO MANUAL e Ilustrado de la Lengua Española

DE LA REAL ACADEMIA

DICCIONARIO OFICIAL

De formato más pequeño, 2.012 páginas, 4.000 ilustraciones. Encuadernado en tela, cubierta en relieve, lomos en oro, 20 ptas.

Pida páginas de muestra en su librería o en

ESPASA-CALPE, S. A.

PRELIMINAR

Biblioteca Pública de Soria



71262234 DR 8536

ESPASA-CALPE, S. A.
BILBAO
MADRID BARCELONA
Ríos Rosas, 24 Cortes, 579

853

DR

El Renacimiento

Wims. 1.020 - 1.021